



JOSÉ M. ACEVEDO

LA PRINCESITA RUBIA

POEMA TRÁGICO

en tres actos y en prosa, original





MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, núm. 24

1921

LA PRINCESITA RUBIA

LA PRINCESITA RUBIA

POEMA TRÁGICO

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ M. ACEVEDO

Estrenado con gran éxito en el COLISEO IMPERIAL el día 23 de noviembre de 1920


MADRID

R. Velasco Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.

TELÉFONO, M 351

1921

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ARACELI (30 años)...............	Juana Gil Andrés.
DOMINICA (50 íd.)..............	María Movellar.
ROSARIO (20 íd.)...............	María Luisa Bartrina.
DOÑA ANTONIA (50 íd.)........	María Hurtado.
ELISA (30 íd.)..................	Sara Esteban.
JULIA (20 íd.)..................	Soledad Domínguez.
RICARDO (25 íd.)...............	Ricardo Galache.
MOSÉN JUAN (50 íd.)...........	Fernando Montenegro.
DON RUFINO (50 íd.)...........	Mario Albar.
DON VICTORIO (50 íd.).........	Casto Javaloyes.
PEPE MORALES (35 íd.).........	Fernando Morales.
MOZO 1.º........................	Francisco Jareño.
IDEM 2.º........................	Félix Briones.

La acción del primer acto en Madrid; segundo y tercero en un pueblo.—Época actual



ACTO PRIMERO

Gabinete elegante de un hotelito situado en un extremo de Madrid. Al frente gran puerta al vestíbulo. A la derecha, un balcón abierto, por el que se ve el jardín. A la izquierda, otra puerta de menos importancia que la del frente. Tanto los distintos muebles de la habitación, como el aparato de luz que hay pendiente del techo, están cubiertos con fundas blancas, según costumbre de los que van a emprender un largo viaje y así preservan el mobiliario del polvo.

Al alzarse el telón, doña Antonia está en el balcón hablando con los mozos que se supone están cargando algún baúl.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ANTONIA, JULIA y MOZOS 1.° y 2.°; a poco, ARACELI; después, ELISA

D.ª ANT. Tengan cuidado y no den esos golpes... ¿Eh?... No hace falta que sea de vidrio pa tratarlo mejor... Bueno, bueno; menos conversación. (Julia sale por la izquierda.)

JULIA ¿Qué pasa?

D.ª ANT. Que van a deshacer esos brutos el baúl a golpes.

JULIA Son unos bárbaros.

D.ª ANT. A pocos porrazos como ese... ¿qué falta sacar?

JULIA El otro baúl y las cajas de sombreros. (Aparecen en la puerta del frente dos mozos de estación, que avanzan con la pesadez peculiar en ellos, limpiándose el sudor.)

MOZO 1.º ¡Sabe usted, señora, que tiene un genio!...

MOZO 2.º Debe usted hacer muy mala suegra.

D.ª ANT. Debo hacer lo que me dé la gana, y ya les he dicho que no tengo ganas de conversación.

MOZO 1.º Bueno, bueno. No hay por qué enfadarse.

MOZO 2.º No se moleste la señora y prepárenos la propina, que tal cual nos hacen sudar estos vagones que lleva por baúles.

D.ª ANT. ¡Qué barbaridad! Van ustedes a enfermar del pecho.

MOZO 1.º Del pecho, no; del hígado puede que sí, como tuviéramos que tratar mucho con la señora.

D.ª ANT. Lástima fuera verdad...

JULIA Bueno; vamos a sacar lo que falta.

MOZO 1.º Vamos, prenda. (Hacen mutis por la izquierda.) (Doña Antonia se queda en la puerta contemplando lo que hacen.)

D.ª ANT. Cuidao... cuidao... levante usted un poco más. Deje usted a la chica y mire donde debe mirar... (Apártase a un lado para dejar paso a los mozos que sacan un gran baúl. Detrás sale Julia con una caja de sombreros.)

MOZO 2.º Menos mal que la propina va a ser buena.

D.ª ANT. Como no tuvieran ustedes otra cosa...

MOZO 1.º (Soltando el baúl.) ¡Ah! ¿Pero es que no nos van a dar ni pa un refresco?

JULIA Sí, hombre, sí. Buena es la señorita para no dar propina.

D.ª ANT. No será porque se lo merecen.

MOZO 1.º Sólo por aguantarla a usted merecemos un premio.

MOZO 2.º ¿Es usted por un casual la madre de la señorita?

D.ª ANT. Soy lo que a usted no le importa y cállense, que me está molestando tanto palique. (Aparece Araceli en la puerta izquierda, sorprendida al oir las frases de doña Antonia.)

ARACELI ¿Qué es eso?

D.ª ANT. Nada, hija. Que estos me han tomao el número cambiao.

MOZO 2.º No haga usted caso, señorita. Es que la señora tié malas pulgas.

MOZO 1.º Y se ha enfadao porque hemos dicho que aunque sudamos con estos baúles, la señorita tié buen corazón y nos daría pa unas copas.

MOZO 2.º Pero es un decir, ¿eh?

ARACELI Sí, hombre, sí; tendrán propina, pero traten bien el equipaje al facturar.

MOZO 2.º Descuide la señorita.

MOZO 1.º Y muchas gracias. (A doña Antonia.) ¡Ve usted, señora, cómo somos de buen avenir.

D.ª ANT. Lo que son ustedes, unos...

ARACELI Cállese usted ya, que no hay por qué rezar tanto.

(Los mozos salen con el baúl, dando muestras de contento. Julia va tras ellos.)

D.ª ANT. Tú, lo que eres una tonta, que con dos palabras te sacan los cuartos.

ARACELI Y usted tan lista que quiere que la sirva todo el mundo de balde.

D.ª ANT. Yo, lo que no quiero es que seas tan lila y...

ARACELI Bueno, bueno. No tengo ganas de jarana. (Saca unas monedas, que le entrega.) Tome usted, déles diez pesetas.

D.ª ANT. ¡Dos duros!

ARACELI Qué menos va usted a dar a esa pobre gente.

D.ª ANT. Tú no escarmientas nunca.

ARACELI (Incomodada.) Pero si tienen que facturar y... después de todo, a usted no la importa nada. Se los da y en paz. ¡Qué tanta conversación!.. (Hace mutis por la izquierda.)

D.ª ANT. Tienes razón, hija. Lo tuyo das, pero algún día pué que te pese, que... no siempre te va a durar el palmito. (A Julia, que aparece en la puerta del frente.) Toma, dales a esos seis pesetas. (Se las da.)

JULIA ¿Para cada uno?

D.ª ANT. Y un jamón.

JULIA ¿No les parecerá poco?

D.ª ANT. Eso ha dao esa; de modo que si les parece poco se las das en calderilla. (Vase por la izquierda.)

JULIA (Encogiéndose de hombros.) Bueno, bueno... por mí... (Saca del bolsillo unas monedas, que cambia por las que le han dado.)

MOZO 1.º (En la puerta.) Ea; ya está todo cargao. Dígale a la señorita si quiere algo más.

JULIA Nada. Tome usted, para que tomen café. (Le entrega las monedas.)

MOZO 1.º (Después de mirarlas, demostrando su descontento.) ¡Cuatro pesetas!...

JULIA Lo que me ha dado la señorita.

MOZO 1.º ¡Hombre! Dígale usted que por lo menos llegue al duro.

JULIA No tenía más suelto. Otra vez se le dará más...

MOZO 1.º Pero si...

JULIA (Hace como si la llamaran dentro.) Voy. (Mutis.)

MOZO 2.º (En la puerta.) ¿Cuánto ha caído?

MOZO 1.º ¡Tú verás! Una miseria... ¡Tres pesetas pa dos hombres!

MOZO 2.º ¡¡Tres pesetas!! Habérselas tirao a la cara.

MOZO 1.º Eso no se hace.

MOZO 2.º Sí, hombre, sí. Con gente como esta...

MOZO 1.º Digo que no se hace el dar esto, después de lo que hemos sudao.

MOZO 2.º Miá tú que tres pesetas...

MOZO 1.º Si no fuera por...

MOZO 2.º Y pa eso tanto postín y tanto...

MOZO 1.º Vámonos, chico, que si no...

MOZO 2.º No tengas prisa, que si no se facturan hoy se facturarán mañana.

MOZO 1.º Y si no llegan sanos, llegarán rotos.

MOZO 2.º Y que lo digas. (Con grandes muestras de enfado, mirando con encono hacia la izquierda. Van a hacer mutis a tiempo que aparece Elisa en la puerta del foro.)

ELISA ¿No hay nadie por aquí? (Sorprendida al ver a los mozos.) ¡Ah!

MOZO 1.º Nosotros, que somos algo.

ELISA ¿Y la señorita?

MOZO 2.º (Despectivo.) ¡Señorita!

MOZO 1.º (Idem.) ¡De tres pesetas! (Hacen mutis con insolencia, dejando a Elisa estupefacta al oirles.)

ESCENA II

ELISA, JULIA, DOÑA ANTONIA; después ARACELI

(Elisa, dirigiéndose hacia la puerta izquierda.)

JULIA (Saliendo.) ¡Ah! ¿Usted por aquí, señorita?

ELISA Yo creí que estaba el hotel deshabitado.

JULIA Casi, casi.

ELISA Ya lo veo. ¿Y Araceli?

JULIA Terminando de vestirse. Voy a avisarla que está usted. (Vase.)

(Pausa corta.)

D.ª ANT. ¡Quién había de esperarte!

ELISA Hola, Antonia. ¿Cómo está usted?

D.ª Ant. Bien, hija. Y a ti, ¿qué tal te ha ido? ¿Cuándo has venido?

Elisa Anoche.

D.ª Ant. Si te descuidas un poco me hallas a mí sola. Siéntate. (Lo hacen.)

Elisa Por eso he venido tan precipitadamente. Cuando llegué a casa me dijeron que había estado Araceli a despedirse. ¿Pero cómo ha sido este viaje tan inesperado?

D.ª Ant. Cosas de ella. ¡A quién se le ocurre, en las circunstancias que está la cosa, hacer un viaje tan largo!

Elisa ¿A Buenos Aires?

D.ª Ant. Sí, hija, sí. A Buenos Aires; ya ves tú qué disparate.

Elisa ¿Pero contratada?

D.ª Ant. Y bien. Un contrato por seis meses, quinientas pesetas diarias, dos o tres beneficios, viajes... en fin, cuanto quiera.

Elisa Sí que es una tontería. ¿Y usted, no va?

D.ª Ant. ¿Quién, yo? Ni pensarlo. Me quedo aquí a cuidar de la casa mientras estén fuera.

Elisa ¿Pero va también José Luis?

D.ª Ant. ¡Como que la iba a dejar sola!

Elisa ¡Qué barbaridad!

D.ª Ant. Hija, no puedes figurarte lo que la quiere. Está chalao. En los tres meses que lleva con ella, se ha gastao un capital.

Elisa ¡Qué suerte!

D.ª Ant. Y que lo digas. La ha comprao este hotel, la ha vestido y la ha alhajao como a una princesa.

Elisa ¿Cómo no la retira del teatro?

D.ª Ant. Por que a ella le gusta eso y a él también. Los hombres, son tan memos, que les agrada el que a las mujeres que ellos sostienen las aplaudan, las mimen y las soliciten todos. Así se dan más postín.

Elisa (Viendo a Araceli que se acerca por la izquierda.) Aquí está Araceli.

Araceli (Sale precipitadamente yendo hacia Elisa, abrazándose y besándose con efusión.) ¡Oh! querida... perdona que te haya hecho esperar, pero estaba terminando de vestirme. ¿Cómo estás?

Elisa Bien. ¿Y tú? No es muy oportuna mi visita, pero anoche me dijeron en casa que habías estado y que te marchabas esta tarde. Por

eso he venido corriendo a ver si aún te veía.

ARACELI Lo que celebro. Tuve una contrariedad muy grande al no hallarte, pues hubiera sentido mucho marchar sin despedirme de ti. (Se sientan.)

D.ª ANT. (A Elvira.) Con tu permiso voy a terminar de preparar a ésta... (A Araceli.) Tú, que no debe tardar ese en venir a buscarte, y sabes que no le gusta esperar. Avíate.

ARACELI Ya estoy.

(Vase doña Antonia.)

ESCENA III

ARACELI y ELISA

ELISA Yo me voy en seguida, no quiero entretenerte.

ARACELI No seas boba; tengo todo dispuesto de modo que cuando llegue José Luis no tengo más que coger el sombrero y andando.

ELISA ¿No os vais esta tarde?

ARACELI Sí, pero José Luis quiere que vayamos a almorzar con unos amigos y estar reunidos hasta la hora del tren. Vente tú con nosotros.

ELISA ¡Oh! No, no; gracias.

ARACELI No seas tonta. Irá también Luisa y Ana María.

ELISA No. Mi Jesús no sabe nada y podía ir a casa no hallándome. Ya sabes lo que es.

ARACELI Habéis estado una temporadita fuera.

ELISA Sí, dos meses. Pero cuéntame, cuéntame. Ya sé que vas muy bien contratada. ¿Pero cómo te has arreglado?

ARACELI Una casualidad Días antes de terminar mi contrato en Barcelona, me presentaron al empresario de Buenos Aires. Fué cuestión de pocas palabras. El tenía deseos de llevarme y yo de ir, de modo...

ELISA ¡Y José Luis te acompaña!

ARACELI ¿Quién te lo ha dicho?

ELISA Tu tía acaba de decírmelo.

ARACELI ¡Cuánto habla de más esa mujer. Me tiene hasta la coronilla.

ELISA Yo creo que a mí...

ARACELI Ya sabes que para ti no tengo secretos, pero sería igual. Sí; José Luis viene conmigo. Cuando el empresario me hizo la proposición, estaba él delante y fué el primero en aprobarla.

ELISA Le va a costar el viaje unos cuartos.

ARACELI Ya se lo he dicho, pero él se ríe cuando me oye. Dice que no me deja mientras le quede una peseta.

ELISA Tienes para un rato.

ARACELI ¡Pchs!

ELISA Y tú, ¿le quieres?...

ARACELI (Rehuyendo la contestación.) Mujer... tienes unas preguntas...

ELISA Creo que entre nosotras hay confianza para ello.

ARACELI Cierto; pero... no sé... llevamos poco tiempo.

ELISA El ha demostrado quererte mucho.

ARACELI Sí; yo le estoy muy agradecida. Procuro complacerle... y quizá con el tiempo...

ELISA Vamos, sí. Te acuerdas todavía del otro.

ARACELI ¿De quién?

ELISA De quién ha de ser: de Ricardo.

ARACELI (Que se habrá quedado triste y pensativa.) No... aquello... pasó.

ELISA ¿Sigue enfermo?

ARACELI Creo que se halla algo mejorado.

ELISA ¿Pero está en su pueblo?

ARACELI Sí.

ELISA ¿No te escribe?

ARACELI No sabe que estoy en Madrid. Me cree todavía en mi *tournee* por provincias.

ELISA De modo que habéis terminado.

ARACELI (Después de un momento de duda, suspirando.) Sí... No podían continuar tan imposibles relaciones.

ELISA Era muy loco.

ARACELI No; era muy niño.

ELISA Te quería con delirio.

ARACELI Demasiado. Su pasión le hubiera llevado a los mayores desatinos Cuando enfermó, temí por su vida, porque.., a qué negarlo, yo también le quería. Le quería, como no he querido ni podré querer a nadie; pero comprendí que mi cariño le hubiera sido fatal. Ya le conoces: es débil, enfermizo; toda su energía y voluntad está reconcen-

trada en su cerebro, fogoso, vehemente, apasionado... ¡artista al fin!

ELISA Muy grande. Pocos o ninguno habrán logrado la fama y los triunfos que él. Y eso siendo tan joven.

ARACELI Precisamente, por eso se halla tan delicado. Sus excesivos estudios, el enorme trabajo realizado en tan pocos años, hace que su salud se halle quebrantada y en su cabeza se noten los síntomas del desequilibrio nervioso en que vive.

ELISA ¿No sabe que estás con José Luis?

ARACELI (Con viveza.) ¡Qué disparate! Sería capaz de cualquier cosa.

ELISA Sabiendo que no te convenía no debieras haberle admitido.

ARACELI No tuvo él la culpa. Fuí yo, la que caprichosa primero y enamorada después, le atraje y le retuve junto a mí.

ELISA Fué una tontería.

ARACELI Tienes razón. Pero, qué quieres; también nosotras tenemos derecho a enamorarnos alguna vez.

ELISA Pocas, por fortuna.

ARACELI A pesar de tantas veces como lo fingimos, quizá una sola vez nos enamoremos de veras. Yo creo que el amor de Ricardo fué para mí el primero y... el último.

ELISA No seas estúpida.

ARACELI Te juro que digo la verdad. Ninguno como él ha hecho palpitar mi corazón con sensaciones desconocidas para mí hasta que él me las produjo. Sus palabras sencillas, tiernas, apasionadas, hacían en mí más efecto que todas esas que vienen envueltas en billetes de Banco. Tú no has querido aún a nadie, Elisa. El día que esto te ocurra, comprenderás cuál es el verdadero cariño y podrás compadecerme.

ELISA Pero hija. Si tanto le quieres, por qué le has dejado.

ARACELI Porque era preciso que nos separáramos. Porque... (Después de un instante de duda.) permíteme que no hable más de esto. Es tan grande el sacrificio que hago al separarme de Ricardo, que... aunque te dijera la causa, no me comprenderías.

ELISA Chica, estás loca.

ARACELI Puede ser.

ELISA No creo que me hablarás en chino para no comprenderte.

ARACELI No; no me comprenderías si te dijera que le quiero con locura; que aun destrozando mi alma, le dejo..., por eso, por quererle demasiado.

ELISA ¡Ah!, vamos, comprendo. Os queréis, pero... no para hacer bueno aquello de contigo pan y cebolla.

ARACELI Nada más lejos de la verdad. Con él hubiera sido feliz aun en la miseria. Bien sabes que abandone el teatro una larga temporada para entregarme a su amor. Sabes que desprecié cuantas fortunas me ofrecían. Que se reían de mí, que se burlaban, y que a pesar de todo yo era dichosa, hasta que...

ELISA Hasta que vino Jose Luis y...

ARACELI No. A José Luis le acepté porque quiero que Ricardo me olvide. Para ello he firmado el contrato de Buenos Aires. Quizá el tiempo y la distancia lo borre todo.

ELISA Hija; lo único que entiendo de todo eso, es que has hecho bien. No te convenían esas relaciones. Es muy joven, se hubiera cansado de ti un día u otro, y después de todo, entre un artista más o menos joven y guapo y un millonario más o menos guapo y joven, la elección no es dudosa.

ESCENA IV

DICHAS y DOÑA ANTONIA

D.ª ANT. (Sale por la izquierda.) Cuánto tarda José Luis... (Fijándose en Araceli.) Pero..., ¿qué te pasa...?

ARACELI (Quiere disimular.) ¿A mí? Qué quiere usted que me pase.

D.ª ANT. No lo sé, pero cortando cebolla no se te habrán puesto los ojos así.

ELISA Es que..., como nos estamos despidiendo.

D.ª ANT. Eso... pa el gato, que no cuela. A ver si os creeis que a mí me la vais a dar.

ARACELI (De mal talante.) A usted, por no darla, no la dan ni vela en este entierro. ¿Se entera?

D.ª ANT. Lo que me entero es que llevas unos días

que no hay quien te aguante y que estoy ya muy cansada.

ARACELI Si está usted cansada, acuéstese y así descansará.

D.ª ANT. Ya descansaré, pero será cuando te pierda de vista.

ARACELI Por mí hace días que podía haberlo hecho usted.

D.ª ANT. Pues hija, no chilles tanto que todo llega; porque después de todo no te creas que tengo ninguna canonjía contigo.

ELISA ¿Queréis callaros ya? Por qué tonterías armáis gresca.

D.ª ANT. Tengo más razón que un santo. Sí, sí; no me mires. Después que una lo hace por su bien.

ARACELI Usted lo que hace es meterse donde no la llaman.

D.ª ANT. Yo lo que hago es quitarte las tonterías que tienes en la cabeza. Demasiao sé por qué tienes los ojos así y a lo que te expones si viene ese y te encuentra llorando.

ELISA Pero si ésta no ha llorado.

D.ª ANT. ¡Qué me vienes a decir a mí! En cuanto se acuerda de aquél, ya la tienes triste y haciendo que José Luis se escame y el mejor día la deje plantada ¡Ya ves qué gracia! Perder una proporción como ésta por un desarrapao que no tiene ni..

ARACELI (Levantándose rápidamente con gesto amenazador, la interrumpe.) Si vuelve usted a decir otra vez esa palabra, la arranco la lengua.

ELISA (Interponiéndose entre ambas, tratando de apaciguar a Araceli.) Vamos, no te pongas así. Y usted, Antonia, cállese ya.

D.ª ANT. Pero por qué he de callar yo, si,..

ARACELI (Con mucha energía.) Porque se lo mando yo. ¿Entiende usted? Y ya hemos terminado.

D.ª ANT. (Con sorna. Dispense su alteza.., ja, ja..., cuantos humos... (Óyese fuera un timbre.)

ELISA ¡Chits! Callaros que viene José Luis.

ARACELI No. Se hubiera oído el coche... (Va hacia el balcón mirando hacia el jardín.) ¿Quién será?...

D.ª ANT. Pues la casa está para visitas.

ARACELI (Que al ver quien ha llamado y se supone penetra en el jardín, da un grito de sorpresa, demostrando su alteración.) ¡Eh ¡Es Pepe Morales! ¡En mi casa!... ¡Dios mío! ¡Qué ocurrirá!... (Sin poder contener su inquietud, se dirige hacia la puerta del vestíbulo.)

D.ª Ant. (Con suma extrañeza.) ¿Pepe Morales?...

Elisa (Sin comprender lo que sucede.) ¿Pero qué pasa? ¿Quién es?...

Araceli (Angustiada.) El protector, el íntimo de Ricardo..

(Aparece en la puerta del vestíbulo Pepe Morales, demostrando la agitación y sobresalto de que está poseído.)

ESCENA V

DICHAS y MORALES

Araceli ¡Oh! Morales...¿Qué ocurre?...¿qué sucede?...

Morales ¡Hola, Araceli! (A ellas.) Buenos días...

Araceli ¡Hable usted, por Dios! Su presencia en esta casa, su agitación, me indica algo grave, algo que...

Morales (Turbado al oír a Araceli.) ¡Cómo! Pero es que... (Mirando a uno y otro lado.)

Araceli Acabe usted.

Morales ¿No está aquí Ricardo?

Araceli ¡Ricardo!

D.ª Ant. ¿Aquí? A qué iba a venir ese.

Araceli ¿No estaba en su pueblo?

Morales Sí; pero ha debido ocurrir algo, pues acabo de recibir este telegrama de su padre. (Saca el telegrama, que lee.) «Ricardo ha desaparecido del pueblo; le ruego indague si está en esa.»

Araceli (Aterrada.) ¡Oh, Dios mío! Se habrá enterado de mi viaje..; es capaz de venir.

D.ª Ant. Que venga. Con echarle, en paz.

Elisa (Procurando calmar a Araceli, que da muestras de la mayor agitación.) Cálmate, Araceli; quizá no sea lo que piensas.

Morales Lo extraño es que no haya venido aquí ya.

Araceli Habrá ido a la otra casa.. No sabe que vivo aquí... Hay que evitar que venga. José Luis debe llegar de un momento a otro...

D.ª Ant. Está visto que ese chiquillo no nos deja tener una hora tranquila. (A Araceli.) Bueno, y después de todo, ¿qué? Si viene antes de que os vayáis, no le recibes; yo me encargaré de hacer que se vaya por donde ha venido.

Araceli No, no; eso tampoco. Por Dios, Morales; us-

ted que puede hacerlo, evite un escándalo. Estoy esperando a José Luis para marchar, pues ya sabe usted que esta noche me voy de Madrid. Vea la manera de que Ricardo no llegue hasta aquí; que no me vea.

MORALES — Ese sería mi deseo, pero. . ¿cómo hallarle?, ¿dónde estará?...

ELISA — ¿Por qué no haces una cosa? ¿No tienes ya todo dispuesto?

ARACELI — Sí, todo.

ELISA — Pues márchate antes de que venga y esperas en el restaurant a José Luis.

MORALES — Es verdad.

D.ª ANT. — Es lo mejor. Elisa te acompaña.

ARACELI — Pero, José Luis...

D.ª ANT. — No te preocupes. Yo me encargo de contarle un cuento. Lo principal es que te vayas cuanto antes. Ya irá a reunirse contigo.

MORALES — Pueden ustedes utilizar mi coche.

D.ª ANT. — Andando.

ARACELI — Sí, sí; es preciso. (Vase rápidamente por la izquierda.)

D.ª ANT. — No pierdas tiempo.

(Óyese la campanilla de un coche de punto que se acerca y se supone para en la puerta del hotel. Inmediatamente se oye el timbre. Todos demuestran su sobresalto.)

ELISA — ¿Será José Luis?

MORALES — Mejor. Así no habrá necesidad de. .

D.ª ANT. — (Dirigiéndose precipitadamente al balcón.) No; se hubiera oído la bocina del coche. (Dando un grito al ver quién es el que llega.) ¡María Santísima! ¡El!

MORALES — (Yendo hacia el balcón.) ¿Quién?

ELISA — (Idem.) ¿Cómo?

D.ª ANT. — ¿Quién ha de ser? El chiquillo ese.

(Óyense fuera voces disputando. Morales se lanza hacia el vestíbulo a tiempo que aparece en él Ricardo, seguido por el jardinero, que en vano intenta detenerle.)

ESCENA VI

DICHOS y RICARDO

(Ricardo se queda turbado al ver a Morales que le cierra el paso. Viene intensamente pálido, descompuesto. Su estado moral y físico, convaleciente de su

enfermedad, fatigado por una noche pasada en el tren, hacen que se halle en un estado de decaimiento, sostenido únicamente por su excitación nerviosa. Pasea rápidamente su mirada por toda la habitación y los personajes que se hallan en ella. Elisa hace mutis por la izquierda.)

MORALES ¡Qué es eso! ¿Dónde vas?

RICAR. ¡Eh!... ¡Morales!... ¡Usted aquí! ¿Dónde está Araceli?

D.ª ANT. (Avanzando hacia él con gesto amenazador.) Lo primero que hace falta saber, es quién le ha dado permiso para llegar hasta aquí.

RICAR. ¡Eh!... ¡Permiso!

D.ª ANT. Sí, permiso. ¿O es que se cree usted en su pueblo?

RICAR. ¿Pero... habla usted en serio, doña Antonia?

D.ª ANT. Doña cuernos me llamo a estas horas.

MORALES ¿Cómo te presentas aquí en esa forma? ¿A qué vienes?

RICAR. ¿A qué vengo? A enterarme de la verdad; a ver si es cierto lo que leí, lo que no puedo creer, aunque... (Fijándose en el estado de los muebles.) casi lo estoy viendo... (Con furor.) ¿Dónde está Araceli?

D.ª ANT. Se ha mudao.

MORALES Araceli no está ya en Madrid.

RICAR. (Da un grito, abalanzándose sobre Morales con gran angustia.) ¡Eh! Que no está ya... ¿Luego era verdad su viaje?... Pero no, no; no puede ser; es mentira...

MORALES ¡Chits! Cálmate, Ricardo; no seas niño.

D.ª ANT. Y no dé usted esas voces, que no está en su casa.

RICAR. Me engaña usted; me engañan ustedes. Araceli no ha podido marchar.

D.ª ANT. Será porque no la ha dado usted su permiso.

RICAR. Me lo dice el corazón. Está aquí y me la ocultan, pero yo quiero verla, quiero verla... Araceli... (Gritando, enloquecido, quiere penetrar en las habitaciones, deteniéndole Morales y Doña Antonia, que se interpondrá entre Ricardo y la puerta izquierda, puesta en jarras y dispuesta a evitarlo a la fuerza.)

MORALES ¡Ricardo!

D.ª ANT. ¡Ea, ya se ha acabao esto! Si no sale usted ahora mismo de esta casa llamo a los guardias para que se lo lleven. ¡Nos ha fastidiao el niño este!

MORALES No; no hace falta. (Cogiendo por un brazo a Ricardo, que intenta desasirse, mirando a ambos con asombro.) ¡Vámonos!

RICAR. Pero... ¿estoy soñando?... Me echan de esta casa; ¡a mí, ¡¡a mí!...

D.ª ANT. ¡Está claro!

MORALES No es que te echen. Es que aquí ni tú ni yo hacemos nada. Araceli no está. Yo he venido creyendo encontrarla y encontrarte.

RICAR. (Frenético.) ¡Mentira! ¡Repito que es mentira! Está en casa; he venido a verla; quiero verla, y no me voy de aquí, aunque me hagan pedazos.

D.ª ANT. ¡Ah! ¿Sí?

MORALES (A Ricardo.) No hagas que me incomode contigo. Acuérdate que siempre me has respetado y obedecido.

RICAR. Sí, es verdad. Usted es mi amigo, mi protector, mi... todo. Pero ahora no puedo obedecerle. Quiero saber la verdad. Quiero saber por qué me echan de esta casa. Quiero saber por qué me hablan en ese tono...

MORALES Yo te lo explicaré todo; pero, ¡vámonos!

RICAR. No, no. Ha de ser ella. Ella, que no me ha mentido nunca. Ella, que siempre me ha hablado poniendo el alma en sus labios. Quiero que ella me diga lo que ocurre; sea lo que sea, aunque destroce mi corazón; pero ella, ella.

D.ª ANT. No hace falta que sea ella la que diga la verdad, que no es otra que ésta: Araceli está contratada para Buenos Aires y camino de Barcelona, y usted está camino de la Comisaría o de la Casa de Socorro, por meterse en lo que no le importa. Esta es la verdad, y, por lo tanto, ahueque usted pronto de aquí, y no dé lugar a que venga quien no debe hallarle en esta casa.

RICAR. ¡Quien no debe hallarme!...

D.ª ANT. Sí. Váyase, no tengamos un disgusto mayor.

RICAR. Pero... quién puede...

D.ª ANT. Quien sea; ya estoy harta de dar explicaciones.

RICAR. (Con gran energía, y aumentando su furor.) Y yo de aguantar sus impertinencias. He estado escuchándola con la calma que yo puedo disponer, pero ya me he cansado de ello. Usted aquí no es nadie. Nadie, ¿lo entiende

usted? Araceli es la única que puede ordenar en esa forma. Ella es la dueña de la casa, y siendo ella la dueña, sabe usted que lo soy yo.

D.ª ANT. (Con sorna y desprecio.) Ja... ja... El dueño es el que paga, y usted no ha pagao nunca un céntimo, y aquí ni manda usted, ni yo, ni ella. Aquí quien manda es... (En la puerta izquierda aparece Araceli interrumpiendo con energía a Doña Antonia.)

ARACELI Yo. Nadie más que yo.

ESCENA VII

DICHOS y ARACELI, ELISA y JULIA

Araceli lleva puesto el sombrero. Detrás sale Elisa y Julia. La actitud de los personajes en esta escena queda encomendada al talento de la dirección y buen gusto de los actores.

RICAR. (Da un grito de alegría, arrojándose en los brazos de Araceli.) ¡Ah! ¡Araceli!... ¿Por qué te ocultan? ¿Por qué me echan de aquí? (Todos se adelantan con ánimo de separarlos, conteniéndolos ella con un ademán.)

ARACELI (En tono de reconvención, pero con gran ternura.) ¡Loco! ¡¡Loco!! ¡A qué vienes!...

RICAR. ¿Y me preguntas tú eso? (A Morales y a Doña Antonia.) Ven ustedes cómo no me engañaba mi corazón al creerla cerca de mí. (A Araceli.) Tú no sabes lo que yo he sufrido. Ayer leí en un periódico la noticia de tu viaje. Creí enloquecer, y sin decir a nadie una palabra, marché de mi casa, sin darme tiempo más que de alcanzar el tren y correr a tu lado. ¡Tanto tiempo sin verte!

D.ª ANT. Bueno; pues ya la ha visto usted, y Santa Lucía le conserve la vista para volverla a ver otra vez.

MORALES Sí. Ya hablaréis otro rato; ahora...

RICAR. No; yo no me separo de ella. ¿Verdad, Araceli, que no nos separaremos? ¡Tú no te irás! ¿Verdad que no te vas? Ya estoy bueno; los médicos me han dicho que puedo volver a trabajar; verás qué números tan lindos he compuesto para la opereta que tú me inspiraste. *La Princesa rubia*, ¿recuerdas?

ARACELI ¡Calla, calla! ¡No sabes lo que dices! (*A los demás personajes.*) Dejarnos un momento. Usted, Morales, también hágame el favor, y perdone. Tú, Julia, avísame...

D.ª ANT. Pero, niña, sabes lo que...

ARACELI ¡Déjeme usted! ¡Sea lo que Dios quiera!

MORALES Aquí fuera estoy. Sé razonable, Ricardo.

(*Todos hacen mutis, demostrando su inquietud. Morales y Julia, por el frente. Doña Antonia y Elisa, por la izquierda.*)

ESCENA VIII

ARACELI y RICARDO

RICAR. (*Que la mira sin comprender nada.*) Pero, ¿qué es lo que ha de ser? ¿Qué es lo que tienen que avisarte?

ARACELI Nada. El coche que debe llegar de un momento a otro; así es que poco podemos hablar.

RICAR. ¡Qué dices! ¿Acaso crees que voy a dejarte ir sola? ¡Oh! ¡No, no! Yo no puedo abandonarte. Tú no sabes lo que yo he sufrido en estos tres meses que has estado separada de mí. En el transcurso de ellos he podido comprender cuánto te amaba...

ARACELI (*Dará muestras de la mayor impaciencia, pero procurando contenerse para que Ricardo no sospeche su situación.*) Escucha, Ricardo, y sé juicioso. Comprende lo imposible de tus deseos. Yo te suplico que...

RICAR. (*Interrumpiéndola.*) No intentes disuadirme. Al leer la noticia de tu viaje tomé mi resolución, y he venido provisto de dinero para...

ARACELI (*En cariñoso tono de reproche.*) ¡Ricardo! Acaso has...

RICAR. Sí. Lo confieso. Cogí a mi padre cuanto pude. ¡Pobrecillo! Un disgusto más que le proporciono; pero, ¡qué quieres! Si le hubiera pedido, no...

ARACELI (*Con indignación.*) ¡Oh! Eso es infame; es indigno de ti.

RICAR. Ya lo sé; pero no tenía otro medio. Por ti soy capaz de todo. De robar, de matar, de... todo.

ARACELI (*Mirándole aterrada, con supremo amor.*) ¡Ricardo!...

RICAR. ¿Qué tienes? ¿Por qué me miras así?

ARACELI ¡¡Ricardo!!...

RICAR. Estás impaciente. Parece que te molesta mi presencia.

ARACELI No, no. Pero es que no puedo, no debo escucharte. No has reflexionado bien lo que haces. Piensa en tus pobres padres, a quien tantos disgustos hemos causado. Piensa en la joven a quien estás prometido, y a quien yo, sin querer, he robado un amor para mí imposible.

RICAR. Calla. No hagas que crea que eres tú la que no me quieres. Para mí no existen más amores que el tuyo. Bastante hago con resignarme ante la violenta actitud de mi padre, negándome todo derecho a quererte. ¡Pero qué me importa si eso no ha de ser eterno! Mis padres son viejecitos. Mientras vivan, sabremos esperar; cuando ellos mueran, yo seré libre, y si no lo bastante rico para tenerte con el lujo a que estás acostumbrada, lo suficiente para que podamos vivir con desahogo, unidos para siempre ante Dios y ante la sociedad. Nos casaremos y...

ARACELI ¡Eh! ¡Qué dices! ¡Estás loco!

RICAR. Loco, sí; pero es por tu cariño...

ARACELI ¡Oh! ¡No, no! ¡Es imposible! ¡Te lo pido por Dios; por nuestro amor! ¡Déjame; vete!

RICAR. ¿Que me vaya?

ARACELI Sí. No prolongues un sufrimiento que es superior a mis fuerzas. Cuando vuelva de mi viaje te explicaré por qué son irrealizables tus sueños.

RICAR. ¿Mis sueños? ¿Pero es que no crees en mi cariño?

ARACELI ¡Oh! ¡Sí, sí!

RICAR. Entonces, por qué...

ARACELI Porque no puede ser, porque no debe ser, porque yo no soy digna de ser amada así.

RICAR. ¡Eh! ¿Qué dices? Que tú no eres digna de... (Óyese lejana la bocina de un automóvil que se acerca y que se supone pára en la puerta del hotel. Al oirla Araceli lanza un grito de terror, demostrando su azoramiento. Ricardo, con suma extrañeza, mira sin comprender su inquietud. Muy rápido. La bocina sigue sonando con insistencia.)

ARACELI ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Él!

RICAR. ¡Eh!

(Sale Julia por el foro precipitadamente, con el aturdimiento propio de la situación.)

JULIA El señorito.

ARACELI (Aterrada y suplicante.) ¡Por Dios, Ricardo, vete!

RICAR. (Comprendiendo al fin, lanza un grito terrible, quedándose un instante como aturdido ante la inesperada revelación.) ¡Eh! ¿El señorito? ¡¡Ah!!

(Repuesto de la primera impresión, va a lanzarse sobre Araceli, que retrocede llena de pánico a tiempo que salen por la izquierda Doña Antonia y Elisa, que avanzan rapidamente, procurando escudar a Araceli. Por el frente sale Pepe Morales, adoptando todas las actitudes convenientes. Esta escena es de difícil acotación por lo movido de su acción, por lo que el autor la confía al talento de la dirección y los actores. Cada vez más rápida hasta el final.)

ESCENA ULTIMA

ARACELI, DOÑA ANTONIA, ELISA, JULIA, RICARDO y MORALES

D.ª ANT. Ahí está ese.

RICAR. Tú, tú... ¡infame! (Precipitándose sobre Araceli, conteniéndole Morales.)

D.ª ANT. Por fin habéis conseguido dar el escándalo.

ELISA ¡Vaya un disgusto!

RICAR. (Forcejeando.) ¡Déjeme, déjeme usted!

MORALES ¡Ricardo! ¡Qué haces!

RICAR. ¡Infame! ¡Miserable!

ARACELI (Sollozando aterrada.) Escucha, Ricardo; yo te juro...

D.ª ANT. Anda, anda; ese puede subir... (Empujándola hacia la puerta.)

ELISA (Idem.) Sí; no te entretengas.

JULIA ¡Vamos, vamos, señorita!...

(Araceli demuestra la horrible lucha que está sosteniendo. Mirando apasionadamente a Ricardo, déjase conducir por Elisa y Julia hacia la puerta. Doña Antonia y Morales contienen a Ricardo.)

MORALES ¡Váyase, váyase, Araceli! Y tú, Ricardo, no seas niño. No hagas que me enfade contigo.

RICAR. ¡Mala mujer! ¡Te has burlado de mí!

ARACELI ¡Eso no! ¡Te lo juro!

D.ª ANT. Anda, anda...

ARACELI ¡Adiós, Ricardo! ¡Perdóname! Algún día sabrás la verdad, y te compadecerás de mí. ¡Adiós!...

(La obligan a marchar a la fuerza, saliendo con ella Elisa y Julia, que cierran la puerta tras de sí. Ricardo se ha quedado atónito, iniciándose en su cerebro el ataque fulminante de la locura que ha de seguir. Al ver marchar a Araceli se repone, y desasiéndose de Morales, se precipita hacia la puerta, intentando abrirla inútilmente.)

RICAR. (Con desesperado acento.) ¡Araceli! ¡Araceli! ¡No te vayas! ¡Oyeme! (Forcejeando con Morales y Doña Antonia, que le sujetan.) ¡Dejarme, dejarme! ¡Se marcha!... ¡Se lleva mi alma! ¡¡Se lleva mi vida!!

MORALES Cálmate, Ricardo. Yo te explicaré...

RICAR. ¡No; no quiero oír nada; no puedo oír nada! ¡Ella... ella!... ¡Quiero ir con ella!... ¡Quiero matarla... por infame!...

D.ª ANT. Habrá que llamar a alguien.

MORALES No hace falta. Y tú no seas niño. Estás enfermo, y vas a empeorarte con tu excitación.

D.ª ANT. Hay que ver cómo está; le va a dar algo al chiquillo este.

(Óyese el ruido del automóvil al ponerse en marcha. Al oír su bocina, que se aleja veloz, Ricardo lanza un grito desgarrador, y con un supremo esfuerzo se desprende de Morales, avalanzándose al balcón, mirando enloquecido al exterior.)

RICAR. ¡Ah! ¡Se va! ¡se va!... ¡con otro! ¡¡con otro!! Ara... (La voz se ahoga en su garganta, que sólo deja escapar gritos roncos e inarticulados. Llévase las manos a las sienes, como si temiera le estallaran. Arráncase violentamente el cuello de la camisa para aliviar la opresión que siente en su garganta. Su rostro se halla congestionado por la sangre que se agolpa en su cabeza.) ¡Me ahogo!... ¡Me ahogo!...

(Tambaleándose, se desploma en los brazos de Morales, que acude a sostenerlo.)

MORALES (Aterrado.) ¡Ricardo!... ¡Ricardo!...

D.ª ANT. (Idem.) ¡Virgen Santa! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Interior de la entrada a la casa de don Victorio, en un pueblo de Castilla.

Al frente una tapia con una gran puerta, de las llamadas de carro, con una hoja de postigo abierta, por el que se ve un fondo de las afueras del pueblo. A la derecha, unido a la tapia, un pabellón que se supone es la cuadra que acostumbran a tener estas viviendas. En su primer término, una puerta pequeña dividida en dos partes. La inferior, cerrada. En segundo término, una reja no muy grande. En el lado izquierdo, la entrada a la casa con dos escalones en su umbral. Sobre la puerta y con el saliente necesario unos postes de madera que sirven de pórtico formando un emparrado cuyas anchas hojas y hermosos racimos forman como un dosel que preserva este sitio de los rayos del sol. A ambos lados de la puerta, unos poyos de piedra; y colgadas, jaulas con pájaros.

Son las once de la mañana de un caluroso día del mes de Julio.

ESCENA PRIMERA

DON RUFINO, MORALES, ROSARIO

Al alzarse el telón aparece la escena sola. Ligera pausa. Por la puerta del frente aparece don Rufino al que precede Morales que entra contemplando con curiosidad los detalles de la escena

D. RUF. Aquí es; sí señor. Pase usted. (Alza la voz adelantándose hacia la casa.) ¿Quién hay por aquí? Rosario... ¡qué diablos! ¿dónde estarán? Rosario.

(Aparece Rosario por la izquierda, mostrando su extrañeza al ver a los recién llegados.)

ROSARIO ¡Ah! ¿Es usted don Rufino?

D. RUF. No estoy muy seguro, pero me parece que soy yo. (*A Morales.*) Esta es su sobrina. (*Morales se inclina saludando a Rosario.*)

MORALES Señorita...

D. RUF. (*A Rosario.*) Este caballero que acaba de llegar al pueblo y a quien encontré preguntando por don Victorio.

ROSARIO (*Avanzando hacia Morales.*) Mi tío no está en casa, señor. Pero si usted tiene necesidad de verle, puede descansar un momento mientras van a buscarle.

MORALES Muchas gracias. No hace falta que usted se moleste. Yo esperaré cuanto tiempo sea necesario.

ROSARIO No debe tardar. Salió muy temprano a dar una vuelta por la era y como el sol ya aprieta, no andará muy lejos en su regreso. (*Ofrece una silla a Morales.*) Siéntese usted.

MORALES Gracias. Pero... usted perdone. La veo vestida de luto. ¿Acaso Ricardo?...

ROSARIO ¡Oh! No señor. Fué su madre la que murió hace seis meses, a consecuencia del disgusto sufrido viendo a su hijo en ese estado.

D. RUF. ¿Por dónde anda?

ROSARIO Ahí dentro lo tiene usted.

D. RUF. Voy a verlo un momento. (*A Morales.*) Con su permiso.

MORALES Muchas gracias, señor, por su amabilidad en acompañarme.

D. RUF. He tenido en ello mucho gusto. (*Medio mutis, volviéndose desde la puerta hacia Rosario.*) ¡Ah! ¿Está ahí dentro mosén Juan?

ROSARIO No ha venido aún.

D. RUF. Me alegro.

ROSARIO ¿Han reñido ustedes otra vez?

D. RUF. Acabaré por hacerlo y para siempre. ¡Siete pesetas! ¡siete pesetas me ganó anoche! ¿Eh? ¿Qué te parece?

ROSARIO (*Sonríe.*) Que otra vez le ganará usted.

D. RUF. No lo creas. Lleva una temporada que se nos está llevando los cuartos.

ROSARIO Cuando no es por el tresillo es por otra causa la que se pelean ustedes. (*A Morales sonriendo.*) No le extrañe a usted, señor. Don Rufino y el señor cura, son los más amigos del pueblo y siempre están como el perro y el gato.

D. RUF. Bueno, lo de perro lo dirás por él. (Vase.)

ROSARIO Pero siéntese usted o pase adentro... tomará un refresco o lo que guste.

MORALES Muchísimas gracias. Es usted tan linda como amable.

ROSARIO Favor que usted me hace. ¿En qué tren ha llegado usted?

MORALES En ninguno. Vine en automóvil.

ROSARIO (Asustada.) ¡Ah! ¿Un automóvil?

MORALES (Con extrañeza.) Sí; ¿qué tiene de particular?

ROSARIO (Turbada.) Nada, pero.. usted perdone... es que... el pobre Ricardo, si usted le conoce, ya sabrá en el estado que está. Es lo único que le pone excitado y furioso; cuando escucha la bocina o ve algún automóvil. Afortunadamente son pocos y de tarde en tarde los que pasan por aquí.

MORALES Procuraré no vea el mío, que afortunadamente se quedó en el parador que hay a la entrada del pueblo. ¿Cómo se encuentra Ricardo?

ROSARIO Igual, señor. ¿Le conocía usted?

MORALES Mucho.

ROSARIO ¿En Madrid?

MORALES En Madrid. Fuí su mejor amigo.

ROSARIO (Mirándole con sorpresa y curiosidad.) Su mejor... ¿será usted acaso el señor Morales?

MORALES Servidor de usted.

ROSARIO (Demostrando gran alegría.) ¡Eh! ¡Usted!... ¡Usted en este pueblo! ¡Oh! ¡qué alegría tengo al conocerle! Usted no sabe cuánto se le ha nombrado en esta casa y lo agradecidos que estamos a usted. Mi tío va a tener un gran placer cuando le vea.

MORALES Yo también tengo mucho gusto en ello. Desde que estuvo en Madrid para recoger a Ricardo no nos hemos visto.

ROSARIO Nunca podremos pagar a usted lo que hizo por el desgraciado loco.

MORALES ¿Sigue sin conocer a nadie?

ROSARIO A nadie. En su memoria no queda el menor recuerdo de su pasado.

MORALES ¡Desdichado! ¿Vamos a verle?

ROSARIO Sí, pase usted, pase. ¡Qué alegría! ¡Quién había de esperar que usted viniera!...

(Se disponen a hacer mutis a tiempo que aparece por la derecha, mosén Juan, con una sombrilla abierta que cerrará al hallarse bajo el emparrado.)

ESCENA II

DICHOS y MOSÉN JUAN

MOSÉN Buenos días nos dé Dios.

ROSARIO (Volviéndose al oirle yendo hacia él con grandes muestras de contento.) ¡Oh! Mosén Juan, buenos días. Que a tiempo llega. ¿Sabe usted quién es este señor? (Por Morales.)

MOSÉN (Turbado pero Inclinándose saludando a Morales.) Como no sea para servirle...

ROSARIO Don José Morales. El amigo... mejor dicho: el protector de Ricardo en Madrid.

MOSÉN (Después de un instante de estupor se adelanta.) ¡El señor Morales!... (Estrechando con efusión la mano de Morales.) ¡Oh! ¡gracias a Dios que puedo conocer a usted personalmente! Qué alegría tan grande al verle en este pueblo y por esta casa.

MORALES Señor. Muy obligado y agradecido por sus bondades, pero no creo haber hecho merecimientos...

MOSÉN (Interrumpiéndole dándole cariñosas palmadas en la mano que conservará entre las suyas.) No siga usted. Su nombre lo hemos repetido muchas veces bendiciéndole por los favores que usted hizo a ese desgraciado.

MORALES Nada de eso. Hice lo que hubiera hecho cualquiera. Tuve la suerte de ser de los primeros en tratar a Ricardo cuando llegó a Madrid. Admiré su talento, adiviné su valía y procuré ayudarle en lo poco que valgo y puedo. Esto es todo.

(Se sientan Morales y mosén Juan. Rosario sigue en pie.)

ROSARIO ¡Qué cambiado le va usted a encontrar!

MORALES ¿Sigue pacífico?

MOSÉN Como un niño.

MORALES Ya lo dijo el director de la casa de salud cuando lo sacamos de ella. Tan seguro estará en su casa como aquí. Su locura es completamente inofensiva.

MOSÉN Sólo así consintieron su traslado.

MORALES Y la música. ¿No despierta en él ningún recuerdo?

ROSARIO Ninguno, señor. El piano no ha vuelto a sonar desde entonces. Sobre él se amontonan sus papelotes que para nada sirven.

MOSÉN Cuando oye alguna música la escucha en silencio, ensimismado; con la mirada perdida en lo infinito, cual si quisiera coordinar sus recuerdos...

MORALES ¡Pobre Ricardo!

MOSÉN Sólo un pensamiento es el que tiene fijo en su oscurecida mente. ¡La Princesita rubia! Esa princesa que su locura creó y cuyo regreso espera en vano...

ROSARIO (Con furor.) ¡Oh! ¡Maldito recuerdo y maldita princesa!

MORALES ¿Sigue con su obsesión?

MOSÉN Es lo único que tiene grabado en su cerebro. Los cabellos de la que causó su desgracia.

ROSARIO Y la de todos.

MOSÉN Algunos días, cuando en el azul del cielo aparecen esas tan bellas nubes blancas que más bien semejan vellones de la más pura lana, Ricardo se dirige solo o con alguno de nosotros hacia el monte y subiendo a los picachos, permanece sentado algunas horás con la cabeza entre las manos y los ojos fijos en lo alto, esperando... esperando lo que nunca ha de llegar.

MORALES ¡Desdichado!

MOSÉN (Cada vez con más pena.) Cuando aquellas nubes se desvanecen y convertidas en girones se esfuman en lo infinito, abandona su actitud, volviendo a casa triste, suspirando... siempre con su idea fija... ¡No viene!... ¡¡No viene mi Princesita rubia!!... (No pudiendo contener su emoción, limpia las lágrimas que furtivas resbalan por sus mejillas.) Usted perdone, pero...

ROSARIO (Idem.) ¡Oh! Es horrible, señor. ¡Y pensar que de todo es culpable aquella mujer!...

MOSÉN No sabe el daño que a todos nos hizo.

ROSARIO (Cada vez mas irritada.) ¡Infame! Mil vidas que tuviera no serían bastantes para pagar su maldad. Permita Dios que...

MOSÉN (Levantándose e interrumpiéndola con severidad.) Silencio. Ya sabes que no me gusta oirte hablar en esa forma.

MORALES (Que estará dando muestras de impaciencia e inquietud.) Mucho daño hizo; es verdad. Pero...

¡quién sabe!... quizá no tenga tanta culpa como creemos.

MOSÉN — La tenga o no, no somos nosotros los llamados a juzgarla. Sólo la justicia de Dios es infalible y ante ella y ante su voluntad hemos de inclinarnos acatando con resignación sus designios.

ROSARIO — Pues aquellos primeros días, bien desesperado estaba usted.

MOSÉN — Desesperado, no. Llorando con todos, sí; pues que a todos nos ha arrebatado nuestra esperanza y nuestro cariño. (A Morales.) No le extrañe a usted oirla hablar así. La pobre también sufrió un rudo golpe con lo acontecido. Aunque prima de Ricardo, estaban prometidos y concertado su enlace para cuando fueran mayores de edad.

MORALES — Lo sabía. Ricardo me había puesto en antecedentes de estos amores.

ROSARIO — ¿Le hablaba a usted de mí?

MORALES — Varias veces y siempre ponderando su bondad y cariño.

ROSARIO — ¡Oh! Nos queríamos mucho. Es decir, yo le sigo queriendo. El me olvidó en el instante que se vió en los brazos de la otra.

MOSÉN — No. El te quería y hubiera cumplido su promesa. El amor de aquella mujer hubiera sido pasajero. Su misma intensidad le hubiera hastiado. Además, no debe compararse tu cariño puro y noble con el de la otra, en la que no había más que deseos y pasiones insanas.

MORALES — No hablemos más de esto. Desgraciadamente no tiene remedio.

ROSARIO — Esa es la verdad, señor.

MORALES — ¿Vamos a verlo?

MOSÉN — Sí; vamos a ver a ese desdichado.

ROSARIO — Pasen ustedes. (Van a hacer mutis a tiempo que sale don Rufino.)

ESCENA III

DICHOS y DON RUFINO

D. RUF. — (Por Mosén Juan.) ¡Ya decía yo! ¡Qué diablos! ¡Era mucha suerte no encontrarme con usted!

MOSÉN (En tono de broma.) ¡Hola, Galeno! ¿A cuántos enfermos ha matado usted hoy?

D. RUF. (Idem.) A todos los que usted ha dejado morir sin confesión.

ROSARIO (Riendo a Morales.) ¿No se lo dije a usted?

MOSÉN (A Morales.) No se le ocurra a usted ponerse malo en este pueblo, porque padecemos un médico que confunde los cólicos con las pulmonías.

D. RUF. (Idem.) Dígale usted, que por lo único que me tiene ojeriza, es porque no le mato ningún enfermo, solamente porque no cobre entierros.

MORALES Lo único que yo puedo hacer es felicitar a ustedes por su buen humor.

ROSARIO Así los tiene usted siempre. (A don Rufino.) ¿Pero no sabe usted quién es este señor? Don José Morales, el que..

D. RUF. (Con grata sorpresa.) ¡Qué diablos! ¿Don José Morales? ¿El de Madrid? (Estrechando con efusión la mano de Morales.) ¡Oh! Permítame usted que estreche su mano. ¡Cómo podía yo sospechar!... ¿Ha venido usted por ver a Ricardo?

MORALES Ese es el objeto de mi visita.

D. RUF. Y yo que le he acompañado sin saber... Usted me perdonará, pero yo ignoraba... ¡Qué diablos!

MORALES ¡Oh! Nada de eso. Ustedes tienen que perdonar las molestias que les ocasiono.

MOSÉN ¡Por Dios! } Rápido.

ROSARIO ¡Molestias usted! }

D. RUF. ¡No faltaba más! Con su permiso voy un momento a visitar a un enfermo y pronto estoy de vuelta. Hoy comerá usted en mi casa.

MOSÉN Ya lo dijo él. Hoy come conmigo.

ROSARIO Ni con uno ni con otro. Hoy y todos los días que esté en el pueblo, estará aquí. ¡Estaría bueno!

D. RUF. Eso si que no.

MOSÉN De ninguna manera.

MORALES Señores; me confunden ustedes con su amabilidad. Yo agradezco sus...

ROSARIO No tiene usted que agradecer nada.

D. RUF. Ni que hablar nada.

MOSÉN Bueno, bueno. Ya se combinará todo. Ahora vamos adentro.

D. Ruf. Enseguida estoy de vuelta. Y ya sabe usted dónde tiene un buen amigo. (*Dándole la mano.*) Rufino López, médico de este pueblo...

Mosén (*Interrumpiéndole.*) Como amigo, bien; pero como médico, no se le ocurra a usted aceptar su ofrecimiento.

D. Ruf. ¡Cállese usted! so...

Mosén Váyase, váyase; mal veterinario.

D. Ruf. Si todas las personas del pueblo fueran como usted, eso es lo único que hacía falta aquí: un albeitar.

(*Todos rien celebrando las bromas de ambos, y entran en la casa. Don Rufino va a salir por la derecha, a tiempo que sale Dominica, tropezando con él. Viene precipitadamente, demostrando su cansancio por la carrera que se supone ha dado. Habla muy deprisa.*)

ESCENA IV

DON RUFINO y DOMINICA

D. Ruf. ¿Dónde diablos va usted tan corriendo?

Dom. (*Jadeante.*) ¡Ay! don Rufino, usted dispense. Vengo sofocada.

D. Ruf. ¿Qué le pasa a usted?

Dom. A mí, nada; pero me he dado una carrera... ¿Sabe usted si está aquí mi amo?

D. Ruf. (*Indicando la puerta izquierda.*) Ahora mismo acaba de entrar.

Dom. ¡Gracias a Dios! (*Medio mutis.*)

D. Ruf. Pero, ¿qué ocurre?

Dom. Que voy a avisarle que vaya enseguida a la iglesia.

D. Ruf. Se muere alguno, o qué.

Dom. No lo quiera Dios.

D. Ruf. Entónces, ¿para qué tanta prisa?

Dom. Mire usted, don Rufino, no puedo entretenerme porque se puede marchar esa señora.

D. Ruf. ¿Qué señora?

Dom. Esa forastera.

D. Ruf. ¿Cuál?

Dom. La que está ahora en la iglesia.

D. Ruf. ¿Pues cuándo ha venido?

Dom. No sé; yo no la he visto hasta ahora.

D. Ruf. ¿Y va sola?

Dom. Con Damián, el chico de la posada. Verá usted. Estaba yo en la puerta de casa ha-

blando con la tía Colasa, que por cierto está más contenta que unas pascuas, porque al fin han declarau al chico inútil pa'el servicio. Mía tú qué injusticias. Un mocetón como un castillo y s'ha librao; y en cambio el del tío Cañizos, que está medio tísico, a coger el chopo ¡Claro! Como el pobre no tiene las influencias y agarraderas del otro... ¡Qué mundo este!

D. RUF. Bueno; deje usted al soldado y a lo que estamos.

DOM. ¡Hijo! No puedo entretenerme, que llevo mucha prisa. Pues nada, que estaba como decía, con la Colasa, cuando en éstas que veo asomáse por la plaza una señorona que... ríase usted de la mujer de Alvaro y de la hija del Alcalde, con tanta fantasía como tienen. Por supuesto que, después de todo, ya sabemos de dónde sale tanto lujo.

D. RUF. Pero, ¿de quién diablos habla usted?

DOM. De quién ha de ser. De la del médico; digo, de la del Alcalde, que con tanto orgullo y no pudieron segar la semana pasada porque no tenían pa pagar a los segadores... ¡Qué mundo este! Bueno, que me voy enseguida; pues como decía, veo a la forastera, que, guiada por Damián, tiraba todo seguido pa la iglesia. ¡Si viera qué guapa es! Y eso que no se le veía bien la cara, porque la llevaba toda tapada con una mantillica colorada. ¡Mia tú lo que son las modas de las capitales! Mantilla de color y encima del sombrero. ¡Qué le parece!

D. RUF. Que si va usted reparando en tanta cosa no acaba usted de contarlo.

DOM. Tiene razón; pero es que una; a lo mejor... mía pues; ¿y el olor?

D. RUF. ¿Cuál?

DOM. El que llevaba esa señora. Me río yo de los mejunges y cochinadas que llevará encima. ¡Así ya pueden estar guapas! Si fueran como una, que no huele su ropa más que a los membrillos que hay en el arca...

D. RUF. Y algunas ni aun a eso.

DOM. Pues como le decía, se metió en la iglesia, seguida por Damián y la Colasa, que también fué detrás.

D. RUF. ¿Y usted no fué?

DOM. Yo, ya sabe que no me gusta entrometerme en lo que no me importa.

D. RUF. (Con sorna.) Ni en broma.

DOM. Entré en casa y... únicamente salí por el huerto y me asomé un poquico por la puerta de la sacristía pa-ver lo que hacía.

D. RUF. ¡Ya me parecía a mí!...

DOM. ¡Si viera usted! En cuanto la enseñaron el Cristo del Milagro, cayó de rodillas ante él y se puso a rezar con un fervor tan grande, que parecía impropio de una señora tan elegante. ¡Hasta me pareció que lloraba! Luego preguntó a Damián por el cura o por el sacristán. El señor cura no estaba y el sacristán se había marchado a la huerta a por unos tomates.

D. RUF. ¿Para qué los quería?

DOM. Para la ensalada.

D. RUF. Si digo al Mosén y a Cirilo.

DOM. No sé. Yo no pude entender más que hablaba de regalos y... de misas y... ya no esperé más. Eché a correr pa buscar al señor cura y que vaya deseguida a ver si saca algo.

D. RUF. ¡Qué diablos! Es usted una casera modelo. El caso es arañar lo que se pueda.

DOM. Hijo, las ocasiones no se desperdician y... no puedo entretenerme más, que también m'e dejado el puchero en la lumbre... (Hace medio mutis hacia la izquierda.)

D. RUF. Vaya usted, vaya. Ahí dentro está. Por cierto, con otro forastero.

DOM. (Dominica, que habrá llegado a la puerta, se detiene bruscamente, volviendo al lado de don Rufino, demostrando su curiosidad.) ¡Ah! ¿Sí? ¿Otro forastero? ¿Quién es?

D. RUF. Un amigo de don Victorio.

DOM. ¿Y a qué habrá venido?

D. RUF. No me lo ha comunicado.

DOM. ¿Y dice que está con el señor cura?

D. RUF. Eso mismo.

DOM. Voy a ver, que no puedo entretenerme. Con Dios, don Rufino. (Medio mutis.)

D. RUF. Adiós, Dominica, y... no tenga cuidado, que por ahora no se queda usted muda.

DOM. ¡Ah! Si la quiere usted ver, vaya a la iglesia y verá qué guapa es y qué bien huele.

D. RUF. (Desde la puerta.) Con el rato que lleva usted

charlando, ha tenido tiempo de aburrirse ella y socarrarse el puchero. (Vase.)

DOM. ¡Es verdad! (Va a entrar, tropezando con Mosén Juan y Morales, que salen.) Gracias a Dios que lo encuentro a usted, señor.

ESCENA V

DOMINICA, MOSÉN JUAN y MORALES

MOSÉN ¿Qué ocurre?

DOM. Que vaya usted corriendo a la iglesia.

MOSÉN (Con inquietud.) ¿Sucede algo?

DOM. No, señor, a Dios gracias. Es que hay en ella una señora forastera que quiere hablar con usted.

MORALES (Sorprendido.) ¡Una forastera!

DOM. Sí, señor; y bien guapa y elegante, sin despreciar lo presente.

MOSÉN (Con extrañeza.) ¿Que quiere hablar conmigo?

DOM. Eso creo.

MOSÉN Pero, ¿quién te lo ha dicho?

DOM. Ella misma se lo estaba diciendo a Damián, el chico de la posada, y a la Colasa, que había venido a decirnos lo del chico, que por fin lo han declarau...

MOSÉN (Interrumpiéndola.) Eres tan curiosa como charlatana. Si esa señora desea verme, quizá en este momento esté llamando en casa, sin que haya en ella nadie que pueda atenderla.

DOM. ¡Jesús! No sabe una cómo acertar con usted.

MOSÉN Moderando tu charlatanería.

DOM. Bueno, bueno. Después de todo, usted se lo pierde, que yo...

MOSÉN No te preocupes y vuelve a casa, que es donde haces falta.

DOM. La culpa me tengo yo por tomarme interés por... ¡Dios me perdone! (Vase hacia la derecha volviendo desde la puerta.) ¡Ah! Y si me pregunta por usted, ¿qué le digo?

MOSÉN Que dentro de un momento estaré en casa.

DOM. Y si...

MOSÉN Lo que quiera. Anda con Dios.

DOM. Con él se quede usted. Vaya un genio... (Hace mutis sin cesar en su charla.)

ESCENA VI

MOSÉN JUAN y MORALES

MOSÉN ¡Oh! Es incorregible esta Dominica. Un pan bendito. Pero capaz de armar conversación con el palo de la escoba.

MORALES A esas edades...

MOSÉN Y a las otras. Veinte años lleva a mi servicio y siempre fué igual. ¡Qué se le va hacer! ¿Quiere usted que vayamos al encuentro de don Victorio?

MORALES Como usted quiera; pero... antes deseo hablar a solas con usted.

MOSÉN (Mirándole con extrañeza.) ¿Conmigo?

MORALES Sí. Es tan delicada la misión que me trae a esta casa, que celebro la feliz coincidencia de poder hablar con usted antes de hacerlo con el padre de Ricardo.

MOSÉN No comprendo...

MORALES Me explicaré. (Mira a un lado y otro con inquietud, como temiendo ser escuchado.) Ante todo he de hacer constar que el único fin que me guía, en lo que he de decirle, no es otro que el de intentar un último esfuerzo para hacer que vuelva al cerebro de Ricardo la razón que antes le animaba.

MOSÉN ¡Qué dice usted!

MORALES Lo que usted oye. Escúcheme. Aquella mujer que fué la causa de la desgracia que a todos nos aflige, ha vuelto a Madrid después de un año de ausencia. Al enterarse del terrible daño que inconscientemente hizo, su dolor y remordimiento no tiene límites.

MOSÉN ¡Desventurada!

MORALES Araceli, cuya única obsesión es la enfermedad de Ricardo, consultó el caso con un famoso alienista extranjero, el cual le hizo concebir la esperanza de la probable curación del paciente.

MOSÉN Desgraciadamente, todos los médicos que le han visto han coincidido en su afirmación. No hay esperanza.

MORALES Quién sabe. Quizá los otros médicos no hayan encontrado los medios que éste ideó.

Sabe usted que en muchos casos ha vuelto la razón a los privados de ella, una emoción tan fuerte como la que motivó su infortunio.

MOSÉN Ya lo han intentado.

MORALES Mal podían hacerlo cuando no tenían en su mano el medio que necesitaban.

MOSÉN (Mirándole estupefacto.) ¿Qué quiere usted decir?

MORALES Que ese médico aseguró que había muchas probabilidades de éxito si se pusieran frente a frente los dos amantes.

MOSÉN ¡Oh! ¡¡Imposible!!

MORALES Imposible ¿por qué?

MOSÉN En primer lugar, porque desconfío de ello y, después, porque en modo alguno podía consentirse poner la víctima frente a su verdugo.

MORALES Dejemos la parte moral. Aquí no interesa más que la salud de Ricardo. ¿Qué perdemos con intentarlo? Si no da resultado la tentativa, será una decepción más, y si las esperanzas se realizan...

MOSÉN ¡Oh! No, no. Repito que es imposible. Había que llevar a Ricardo a Madrid y...

MORALES No hace falta.

MOSÉN (Mirándole sorprendido.) ¿Cómo?

MORALES Que no habría que hacer ese viaje.

MOSÉN Pero... y esa mujer ..

MORALES Esa mujer está aquí.

MOSÉN (Levantándose rápidamente lanzando un grito de estupor.) ¡Eh! ¿Qué dice usted?

MORALES Araceli se halla en este pueblo.

MOSÉN (Sin poder contener su indignación.) ¡Aquí! ¡Oh! Pero, ¿sabe esa desventurada a lo que se expone si el padre de Ricardo se entera? ¿Sabe usted de lo que sería capaz si sospechara su presencia en este lugar?

MORALES Nada de ello se nos oculta, pero hay que evitarlo. Escúcheme. Cuando el médico concibió su plan, Araceli vino a buscarme, sabiendo el cariño que tengo a Ricardo, rogándome la acompañase. Yo traté de oponerme pero todo fué en vano. Estaba decidida a venir conmigo, o sola. Voy al pueblo aunque me arrastren en él; dijo. No hubo medio de convencerla y la acompañé. Hace unas horas hemos llegado en su automóvil, y me adelanté yo para ver en qué forma podía prevenir nuestra visita y pretensión.

MOSÉN (Retrocediendo espantado.) ¡Oh! no, no. Es una locura más que comete esa desdichada. Venir a este pueblo sabiendo lo que se la odia. Ponerse al alcance de... no, no. Repito que es imposible.

MORALES Se trata de la salud de Ricardo.

MOSÉN Usted no sabe hasta dónde puede llegar el carácter violento de don Victorio.

(En la puerta de la calle aparece Dominica a la que precede Araceli cuando se indica.)

DOM. Mire usted, señora; aquí lo tiene usted.

(Mosén Juan y Morales vuelven la cabeza al oirla, lanzando un grito de estupor al ver a Araceli.)

ESCENA VII

DICHOS, ARACELI, DOMINICA.

Araceli se queda apoyada en la puerta sin atreverse a seguir adelante. Viste elegantemente pero con sencillez. Un pequeño y coquetón sombrero de viaje, ocultará en lo posible sus cabellos. En su rostro se ven las huellas del sufrimiento aumentando su palidez la ansiedad y el temor de que está poseída en este momento. Mosén Juan no puede ocultar su indignación e inquietud, como así mismo Morales que mira con temor a todas partes.

MORALES ¡¡Araceli!!

MOSÉN ¡Ella! ¡¡Aquí!!

DOM. (A Mosén Juan.) Esta es la señora que antes le dije. Cuando llegué a casa estaba allí esperando a ver si venía usted, pero en vista de que tardaba, yo misma la hice venir pa que no se cansara tanto; por cierto que en cuanto que le dije dónde estaba usted se alegró y fué la que tuvo prisa por venir a esta casa. (A Araceli.) Verdad señora que..

MOSÉN (Interrumpiéndole.) Basta; no queremos saber más.

DOM. ¡Ah! ¿También en esto la he errado?

MOSÉN Nadie te dice nada.

DOM. ¿Ve usted cómo quería decir misas esta señora? En la capilla del Cristo...

MOSÉN (Interrumpiéndola mal humorado.) Que calles y te vayas.

DOM. ¡Pues hijo, qué genio gasta usted hoy. Siempre parece que aguarda usted a que haya gente extraña pa darme sofiones.

MOSÉN (Amenazador.) ¡Dominica!

DOM. Ya me voy. Quede usted con Dios, señora, y ya sabe dónde quedamos pa en lo poco que uno vale...

MOSÉN (Habrá avanzado hasta ella con impaciencia y la empuja hacia la calle.) ¡Bendito sea Dios y cuánta lengua te sobra!

(Dominica vase refunfuñando: Mosén Juan quédase frente a frente de Araceli que habrá permanecido durante el diálogo apoyada en la puerta con gesto desmayado, la mano oprimiéndose el corazón e insensible a cuanto la rodea.)

(Morales también, adelántase hacia ella, lleno de inquietud, impidiéndola el paso.)

MOSÉN (Con severidad.) Bueno, señora: ¿Qué busca usted aquí?

MORALES ¿Cómo no esperó usted mi regreso?

ARACELI (Con voz desfallecida.) Perdón... Tardaba usted tanto, que creí se negaban a mi pretensión.

MOSÉN (Sin poder contener su indignación.) Y creía usted bien. ¿Cómo se atreve a venir a esta casa?

ARACELI (Avanzando llorosa y suplicante.) Oígame usted, señor.

MOSÉN Aquí no; imposible...

MORALES (Mirando con sobresalto hacia el interior.) Me parece que salen...

MOSÉN (Idem.) ¡Oh! Por Dios. Haga usted por que no la vean... y usted, señora, váyase... vámonos.

MORALES Sí. Váyase, Araceli. El señor la acompañará. Enseguida seré con ustedes... (Entra en la casa precipitadamente.)

ESCENA VIII

ARACELI, MOSÉN JUAN.

MOSÉN Sí, sí, vamos. No quiero pensar lo que podría ocurrir si don Victorio viniera...

ARACELI Al llegar a este pueblo vengo dispuesta a todo. Además, no me conocen; puedo pasar por una forastera que...

MOSÉN Basta. ¿Cree usted que voy a prestarme a esa farsa indigna?

ARACELI ¡Por Dios!...

MOSÉN No profane usted su nombre.

ARACELI No me trate usted así. Soy más desgraciada que culpable.

MOSÉN Usted es una pecadora a quien no puedo tolerar ofenda con su presencia esta honrada casa.

ARACELI (Impacientándose poco a poco herida por las frases de Mosén Juan, va contestando a ellas cada vez con más firmeza.) Más pecadora fué la Magdalena y Cristo dejó que llegara hasta él.

MOSÉN Yo no poseo la sublime bondad del Redentor.

ARACELI Pero debía usted imitarle; que esa es su misión.

MOSÉN Si es al sacerdote a quien usted quiere hablar, no es aquí donde debe buscarlo. En el templo; en el confesionario hallará usted...

ARACELI (Cada vez más altiva y enérgica.) Al sacerdote debe encontrársele donde quiera que se halle, pues que para eso viste esas ropas que son lo único que le diferencia de los demás hombres.

MOSÉN (Cada vez más severo.) No son precisamente estos hábitos los que hacen al sacerdote. Es algo más que usted no posee y, por lo tanto, desconoce. La virtud.

ARACELI ¿Y es la virtud la que le impide oir a quien viene suplicando? ¿Es esa investidura la que da derecho a ofender a una mujer? Entonces despójese usted de ellas y hablaré al hombre; que como tal, quizá tenga más corazón y más cortesía que como ministro del Señor.

MOSÉN (Avanza un paso con ademán enérgico.) ¡Señora! (Transición. Se detiene adoptando un aire más tranquilo.) Terminemos. No venga usted a hacer una escena de comedia que no ha de producir el efecto que usted supone. Vámonos de aquí. La escucharé a usted, pero en el único sitio que puedo oirla. En el confesonario, que allí es a Dios a quien se dirigirá usted; no a mí.

ARACELI (Volviendo a su anterior tono de súplica.) Sí; obedeceré a usted cuanto me diga. Seré la penitente que implorará su perdón; pero antes... quisiera verle... un momento... sin que él me vea...

MOSÉN (Asustado.) ¡Oh! ¿Sabe usted lo que dice? No

por él, pobre loco inofensivo; sino por su padre, por su familia, por el pueblo entero, que adoraba en Ricardo y será capaz de la mayor atrocidad si saben que está usted aquí. Váyase, señora; váyase. ¡Se lo ruego! ¡Se lo suplico! ¡No venga con su presencia a provocar una desgracia mayor si cabe que la ya acontecida! ¡Tenga compasión de esta familia sobre la que ya cayó la mayor de las desventuras!

ARACELI Sí, sí; me iré, pero antes quiero verle. Que me escupan al rostro; que me maltraten; pero que él me vea, que recobre su razón, que me perdone...

MOSÉN (solemne.) De Dios es del único que debe usted esperar su perdón.

(En la puerta derecha aparece don Victorio, que entra limpiándose el sudor. Al verlos quédase sorprendido. Mosén Juan y Araceli lanzan una exclamación de sorpresa demostrando su aturdimiento. Araceli, instintivamente, coloca ante su rostro el velo del sombrero. Esta escena queda encomendada a los actores que demostrarán los diversos sentimientos que les dominan.)

ESCENA IX

DICHOS y DON VICTORIO, después MORALES.

MOSÉN ¡Don Victorio!

ARACELI ¡Dios mío!

D. VICT. Buenos días, Mosén Juan. (A Araceli turbado.) Señora...

MOSÉN (Trémulo.) Hola... muy buenos... Qué; de... de darse un paseito, ¿eh?

D. VICT. Sí señor; y usted... viene o se va.

MOSÉN (Cada vez más aturdido.) Nos... nos vamos. Precisamente...

D. VICT. Pero, ¿qué le pasa a usted?

MOSÉN Nada, nada... es que... la... alegría... la emoción: ¿Sabe usted quién ha venido?

D. VICT. Quién.

MOSÉN Pues... Don José Morales.

D. VICT. (Con sorpresa y alegría.) ¡Eh! ¿Morales? ¿Don José Morales? Dónde está.

MOSÉN Ahí dentro lo tiene usted; vaya, vaya a verlo.

D. VICT. ¿Aquí?... Y yo sin saber nada... (*Hace medio mutis deteniéndose al llegar a la puerta.*) ¡Oh! Ustedes dispensen, pero la alegría...

MOSÉN Sí, sí. Váyase adentro, que nosotros también nos retiramos.

D. VICT. Y... esta señora, ¿ha venido con don José?

MOSÉN Sí; acaban de llegar, pero voy a acompañarla a la iglesia, pues tiene interés en ver al Cristo del Milagro.

D. VICT. ¿Es usted acaso la esposa del señor Morales?

ARACELI (*Trémula.*) No señor, Soy muy amiga suya y entusiasta admiradora de Ricardo.

D. VICT. ¿De mi hijo?

ARACELI Sí. Soy artista y he conquistado muchos aplausos interpretando las obras del... infortunado maestro. Sabiendo lo mucho que yo le apreciaba, el señor Morales me invitó a que le acompañara en su viaje para hacerle una visita.

D. VICT. ¡Oh! No sabe usted cuánto se lo agradezco. Pero pase, pase usted...

MOSÉN (*Muy rápido.*) No, no. Ahora nos vamos a ver...

D. VICT. Qué prisa tiene usted. Hace mucho calor. Más vale que descansen un poco y tomen un refresco. Aquí, señora, no hay las comodidades de las capitales, pero se le ofrece de buena voluntad.

ARACELI ¡Oh! Muchas gracias.

D. VICT. ¿Ha visto usted a Ricardo?

ARACELI (*Con ansiedad y alegría.*) No; todavía no, pero...

MOSÉN (*Interrumpiéndole asustado.*) ¡Señora... por Dios!

ARACELI Sí; podemos verlo un momento antes de marchar.

MOSÉN (*Rápido en voz baja.*) ¡Qué hace usted!

ARACELI (*Idem.*) Déjeme usted. Suceda lo que suceda quiero verle.

D. VICT. (*Aumentando poco a poco su tristeza.*) No tema usted. Es dulce, apacible. Tan bueno en su locura como lo fué en su razón.

MOSÉN Pero de todas las maneras no creo que deba ver a...

D, VICT. Diga usted que sí. Es inofensivo como un jilguero. Toda su manía consiste en tener flores y pájaros que guarda para... (*Conteniendo su furor.*) su... Princesita rubia; como él dice. ¡Maldita sea!

ARACELI (Con voz ahogada por la emoción.) ¡¡Su Princesita rubia!!

D. VICT. Es lo único que tiene aferrado en su mente sin que se aparte un instante de su pensamiento: ¡Su Princesa!... ¡¡Su Princesa!!... (Se limpia rápidamente dos furtivas lágrimas. Araceli contiene sus sollozos.) Pase, pase usted y lo verá.

ARACELI (Sin poderse contener lanza un grito de alegría adelantándose hacia don Victorio.) ¡Oh! Sí, sí.

MOSÉN (Conteniéndola con gran severidad aunque dulcificando poco a poco la voz.) ¡Señora! ¡Qué va usted a hacer!...

D. VICT. Déjela usted. Sabe que no hay que tener cuidado con él. Es dócil como un niño.

MOSÉN No, no es por eso. La señora está delicada. Cualquier emoción, cualquier disgusto puede ocasionarla grave daño. Ya ve usted cómo se ha emocionado.

D. VICT. ¿Se siente usted mal?

ARACELI (Que está luchando entre el deseo de ver a Ricardo y el temor que le ocasiona su situación. En esta escena en su totalidad de difícil ejecución para la actriz por los diversos sentimientos que la dominan, el autor ha puesto las acotaciones indispensables, dejándola confiada a su talento y al estudio que del personaje haya hecho.) Sí, sí... es verdad; estoy enferma, sufro mucho... pero... me han hablado tanto de ese... desdichado... ¡pobre víctima de su arte!

D. VICT. (Con furor contenido.) No. Dirá usted más bien víctima del capricho de una infame mujer.

ARACELI (Ahogando un grito, y llevándose la mano a su corazón.) ¡Oh!

MOSÉN ¡Don Victorio!

D. VICT. Una infame, sí. Una mala mujer. (A Araceli.) Usted perdone señora, si digo algo que pueda ofenderla, pero si todas las mujeres fueran como la causante del daño de mi hijo...

MOSÉN (No pudiendo ocultar ni disimular su situación violentísima.) Vamos, vamos, no se ponga usted así. Y usted, señora... vámonos...

ARACELI (Haciendo esfuerzos inauditos para serenarse y poder articular las palabras que en sus labios ahogan la pena y los sollozos.) Pero... ¿tan mala fué aquella mujer?

D. VICT. Dudo que haya en el mundo otra de peores entrañas. (Cada vez más exaltado.) Ahí dentro tiene usted su obra. Un hijo en el que tenía

puestas todas mis esperanzas. En quien cifraba todos mis anhelos, todos mis cariños. Nunca le negué un capricho. Sus deseos eran órdenes para mí. Por ello accedí a que cultivara la maldita afición a la música...

MOSÉN (Interrumpiéndole con aire de reproche.) ¡Don Victorio!

D. VICT. Maldita, si señor. (Fuera de si.) Tan maldita, como la hora en que salió de este pueblo; tan maldita, como aquella mujer sobre la que deseo caigan todas las penas que a esta casa afligen; todas las maldiciones que sobre ella pesan.

ARACELI (Aparte.) ¡Dios mío!

MOSÉN Por Dios, Don Victorio; cálmese usted, se lo suplico. (A Araceli.) Y usted, señora, no prolongue esta escena que... involuntariamente ha provocado...

ARACELI Sí, sí Vámonos... no puedo más.

D. VICT. (Calmándose poco a poco.) Dispénseme usted, señora. No sé lo que me digo; pero hágase cargo de mi situación y mi pena. Si usted es madre, comprenderá mi dolor; si no lo es usted, perdonará mis arrebatos, impulsados por mi carácter y por mi furor al ver la imposibilidad de poder vengar a mi hijo, estrujando entre mis manos el cuello de aquella...

MOSÉN (Con severidad.) ¡Don Victorio!

ARACELI (Suplicante a Mosén Juan.) Yo desfallezco... salgamos de aquí...

MOSÉN Sí, sí. No debiera haber dado lugar a ello. (Se dirigen hacia la puerta de la calle.)

D. VICT. (Mirando hacia el interior.) Mírelo usted, hacia aquí viene...

ARACELI (Deteniéndose bruscamente.) ¡El!

MOSÉN (Intentando llevarla.) No nos detengamos.

D. VICT. ¡Pobre hijo mío! Hablando con don José Morales, sin reconocer en él a quien tanto quiso... (Hace mutis entrando en la casa.)

ARACELI (Luchando entre el temor y el deseo.) ¡Oh! Yo quisiera verle... (Muy rápido.)

MOSÉN Por Dios, señora. No cometa usted esa locura.

ARACELI No puedo, no puedo alejarme... Déjeme verle un momento...

MOSÉN Es imposible.

ARACELI Un instante...

MOSÉN — Ahora, no. Yo la prometo a usted que le verá.

ARACELI — Aunque él no me vea.

MOSÉN — No puede ser.

ARACELI — Le juro que no cometeré ninguna imprudencia. Tan sólo quiero oirle.

MOSÉN — No, no.

ARACELI — Me ocultaré en cualquier sitio .. (Viendo la reja y puertecita de la cuadra, se precipita en el interior de la misma.) ¡Oh! Aquí.

MOSÉN — (Que no ha podido impedirlo.) ¡Sea lo que Dios quiera! (Se coloca ante la puerta como escudándola. Don Victorio sale precediendo a los demás personajes, viendo ocultarse a Araceli.)

D. VICT. — No, no tenga usted miedo...

MOSÉN — (Imponiéndole silencio.) ¡Chits! ..

ESCENA FINAL

ARACELI, MOSÉN JUAN, DON VICTORIO, MORALES, RICARDO y ROSARIO.

En la puerta izquierda aparece Ricardo avanzando lentamente, fijando en todas partes su mirada sin expresión. En su cara desencajada brillan sus ojos con fulgor de fiebre. Su boca dibuja una mueca que igual puede ser de inocente alegría que de cruenta resignación. Lleva de la mano a Morales, soltándole cuando ve a Mosén Juan, hacia quién se dirige. Morales y Don Victorio, mudos por la emoción del recuerdo, estréchanse con efusión las manos y limpiándose Don Victorio las lágrimas que de sus ojos brotan. Detrás sale Rosario quedándose ante la puerta.

RICAR. — (A Mosén Juan.) ¡Ah!... Oye... oye... este señor es muy bueno y muy amable... Va a traerme flores... muchas flores... ¡es muy bueno!...

MORALES — (Que se habrá acercado a Mosén Juan; en voz baja.) Y ¿Araceli?

MOSÉN — (Indicándole con la vista su escondite.) ¡Chits!

MORALES — (Ahogando un grito de sorpresa y temor.) ¡Ah! (Se queda al lado de Mosén Juan.)

(La colocación de las figuras es la siguiente: Araceli, que se verá detrás de la puerta. Mosén Juan y Morales, ante ésta. Don Victorio y Rosario a la izquierda. Ricardo en el centro.)

RICAR. — También él conoce a mi princesita rubia. La ha visto y va a venir. (A Morales.) ¿Verdad que vendrá luego? ¿Verdad que es muy

hermosa? Tú la has visto, ¿verdad? Yo también la veo siempre, pero... allá... muy lejos .. donde están las nubes blancas, blancas como el humo... no, no; como el humo no; como su cara. ¿Sabes por qué es tan blanca? Porque no tiene flores. Pero yo le guardo muchas, muchas; y se las pondré entre sus cabellos... aquellos cabellos rubios como finísimas hebras de oro... ¡Qué hermosa es! ¡Cuánto nos amamos! (Todos los personajes asienten con el gesto procurando dominar su emoción.)

(Durante esta escena, Araceli que se verá detrás de la puerta, hará comprender al público su horrible sufrimiento, que el autor confía al talento de la actriz.)

(Araceli lanza un gemido ahogado. Mosén Juan y Morales hacen un brusco movimiento, imponiéndola silencio en voz baja.)

D. VICT. Oye... hijo mío. Fíjate en este señor. (Por Morales.) Es muy amigo tuyo. ¿No le conoces?

RICAR. (Mirándole fijamente pero sin expresión.) Sí, es muy amigo mío. (A Morales.) Ahora vamos a coger flores ¿verdad? y con sus pétalos haremos una hermosa alfombra; una alfombra suave... fragante... en la que ella hundirá sus pies nacarados... sus pies de Diosa .. Pero por qué calláis todos. ¿Es que no queréis que venga? ¿No os alegra su regreso?

MOSÉN No, no, Ricardito. Es que... no sabemos si llegará hoy. No nos ha avisado.

RICAR. Sí, sí. Se lo ha confiado en secreto a este amigo. (Por Morales.) ¿Verdad que tú la has visto? (Intentando coger la mano de Mosén Juan para llevarlo.) Vamos, vamos a esperarla...

MOSÉN (Con el sobresalto propio de la situación al ver a Ricardo cerca de donde se oculta Araceli, intentará disuadir a éste de su idea, alejándole de su sitio.) Mira, Ricardo. Ya sabes que tu princesa quedó en avisarnos su llegada para que tú estuvieras dispuesto a recibirla dignamente.

MORALES Es cierto.

RICAR. (Con inocente convencimiento.) ¡Ah! Sí, sí. ¡Es verdad! Ya no recordaba que también a mí me dijo eso. (Con gran tristeza.) ¡Qué pena! ¡Cuándo vendrá! ¡Cuándo vendrá mi princesita rubia!...

(Sin mirar a nadie hace mutis por donde salió, demostrando su pesar. Todos le ven marchar mudos en

su profundo dolor. Araceli, agotadas sus fuerzas queda casi desmayada apoyada en la puerta.)

MOSÉN ¡Pobrecillo! Qué fácilmente se le convence.

ROSARIO ¿Y aún quiere usted que veamos con resignación esto?

D. VICT. Dices bien, hija mía. Ya ve usted, señor Morales, si tengo motivo para desesperarme.

MOSÉN Eso nunca.

D. VICT. (Con furor.) Eso siempre. O no hay un Dios en el cielo o...

MOSÉN (Con severidad.) Blasfemar, no.

D. VICT. (Fuera de sí.) O si lo hay que me lo tome en cuenta. Su madre murió maldiciendo el nombre de la infame que causó tanta desgracia. Y si Dios es justo, hará que la maldición de un moribundo caiga sobre aquella mala mujer y toda su casta.

MOSÉN (Horrorizado.) ¡Jesús!

(Al escuchar Araceli la terrible maldición de don Victorio lanza un grito cayendo desvanecida sobre la puertecilla que se abre violentamente al peso de su cuerpo, quedando ella dentro de la escena. Todos se vuelven sorprendidos precipitándose en su auxilio. Muy rápido.)

MORALES ¡Araceli!

D. VICT. ¿Qué es eso?

ROSARIO ¡Una mujer!

MOSÉN ¡Virgen Santa!

(Al intentar levantarla, Araceli vuelve en sí y sin poder contener sus sollozos quédase de rodillas uniendo sus manos en actitud suplicante.)

ARACELI ¡Perdón!... ¡¡Perdón!!

ROSARIO ¡Qué dice!

MOSÉN Nada, nada; la emoción...

ARACELI ¡Oh! no, no. No puedo más.

ROSARIO (Que se habrá acercado a ella con solicitud, fija su vista en el rostro de Araceli y lanzando una exclamación de estupor, alza rápidamente el velo que cubre su cara, retrocediendo al verla, dando un grito de terror y odio.) ¡Ah!... ¡Ella!... ¡¡Ella!!...

(Esta escena de difícil acotación queda encomendada a los actores. Cada vez más rápido.)

D. VICT. ¿Eh?

ROSARIO ¡Esa! ¡Esa mujer!

D. VICT. ¡Qué dices!

ROSARIO La maldita, la infame, la que perdió a Ricardo.

D. VICT. Qué estás diciendo.

MORALES ¡Oh! Está usted confundida.

ROSARIO Sí, sí. Es ella. La he reconocido por su pelo rubio y por los retratos que tenía Ricardo.

ARACELI ¡Perdón!... ¡¡Perdón!!

ROSARIO ¿Lo ve usted?

D. VICT. (Lanza un grito terrible abalanzándose sobre Araceli, que continúa en su actitud.) ¡Ah! ¡¡Ella!! ¡¡Aquí!! (Mosén Juan y Morales se interponen sujetando a don Victorio que forcejea por desasirse.)

MOSÉN ¡Qué va usted a hacer!

MORALES ¡Don Victorio! (La colocación de las figuras es de izquierda a derecha: Rosario, Morales, don Victorio, Mosén Juan y Araceli desplomada sobre sus rodillas insensible a cuanto la rodea.)

D. VICT. Déjeme usted.

ROSARIO ¡Aún se atreve a venir!...

MORALES ¡Por favor!

MOSÉN Cálmese usted; escuche.

D. VICT. Retírese o no respondo de mí.

MOSÉN Quieto... respete usted mi...

D. VICT. (Cogiéndole de la sotana e intentando separarlo violentamente.) Ni a usted, ni a...

MOSÉN (Ante tal apóstrofe, desaparece de él todo gesto de bondad y con enérgico ademán, sujeta las muñecas a don Victorio, rechazándole.) ¡Eh! ¡Qué es eso! Como cura me respeta usted. Como hombre yo haré que me respete.

D. VICT. ¡Usted!

MOSÉN (Poniéndose ante Araceli domina la situación, imponiéndose a todos con la voz y actitud.) Yo, sí. Ahora ya no es sólo el cura que ampara a un desvalido. Es, también, el hombre que defiende a una mujer que indefensa suplica y llora. (Con sublime bondad intentando alzar a Araceli.) Levántese... levántese... hija mía... (Don Victorio quiere abalanzarse sobre él. Morales y Rosario le contienen. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Zaguán de la casa de Mosén Juan. En el lateral derecha, primer término, una ventana pequeña que da a la calle, como así mismo la puerta de entrada, que se halla en segundo término. Al frente una puerta pequeña que se supone conduce a la sacristía de la iglesia. A la izquierda, en último término, los primeros peldaños de una escalera con baranda de madera, que conduce a las habitaciones superiores. En primer término del mismo lateral, una puerta con dos escalones ante su umbral. En la escena, a su lado izquierdo, una mesa antigua; junto a ella un sillón de baqueta y una silla. Arrimado a los muros, algún viejo armario, un arcón y sillas de anea.

De los muros enjalbegados de blanco, con zócalo de azulejos, colgarán algunos cuadros antiguos con bustos de santos.

La escena se halla en la penumbra; todo respira frescura y tranquilidad. Sólo cuando se abre la puerta de la calle, penetrán en la estancia los rayos de un sol abrasador del mes de julio.

ESCENA PRIMERA

DOMINICA de pie frente a MOSÉN JUAN, que sentado en un sillón está terminando de tomar el chocolate

MOSÉN — Tú eres una cotorra, que cuantos más años tienes, más te gusta hablar.

DOM. — Y usted un renegón, que cada día que pasa tiene peor genio. No parece más que digo alguna mentira.

MOSÉN — Ni mentira ni verdad. Tú no dices más que tonterías, y como tales hay que escucharlas.

DOM. — Lo que usted quiera, pero yo lo que debo evitar es que lo lleven a usted entre lenguas.

MOSÉN — No tienen por qué, y aunque así fuera, de Dios dijeron.

DOM. — Pero qué necesidad tiene usted de meterse en camisa de once varas, ni qué le va ni le viene en ese asunto. No comprende que...

MOSÉN — No comprendo más que no me dejas en paz.

DOM. — Sí, señor. Pero desengáñese que tienen razón don Victorio y su sobrina. Parece mentira que tanto como el señor cura quería a Ricardo, haya tomado tan en serio la defensa de esa mujeraza.

MOSÉN — (Mirando intranquilo hacia el piso superior.) ¿Quieres callar?

DOM. — No, no tenga usted cuidado. No me oye, y aunque me oyera, mejor. Estará durmiendo tan tranquila, como si tal cosa. Lástima...

MOSÉN — (Haciendo esfuerzos por contenerse.) Bueno. ¿Quieres dejarme terminar el chocolate?

DOM. — ¿Yo? No digo una palabra. Allá usted y con su pan se lo coma. Pero va a dar lugar a que en el pueblo murmuren de usted ¡Qué escándalo! ¡Haberse traído una mujer como esa a esta casa! ¡Qué van a decir!

MOSÉN — Mi traje y mi edad son suficiente escudo contra la maledicencia.

DOM. — Sí, sí. Vaya usted a hacerle creer a más de cuatro que usted ha cedido su cama y se ha pasado la noche durmiendo en ese sillón.

MOSÉN — (Que va perdiendo la paciencia.) ¡¡Dominica!!...

DOM. — Y encima quiere usted que yo la sirva. ¡Como no morena!...

MOSÉN — (Levantándose, sin poder contener su indignación.) Basta, vieja impertinente.

DOM. — (Muy alterada.) ¿Yo? ¡¡Mosén Juan!!..

MOSÉN — (Idem.) Mosén pepinos. (Transición; santiguándose.) ¡Ay! Alabado sea Dios, iba a decir un disparate.

DOM. — Ya lo ha dicho usted.

MOSÉN — Tú tienes la culpa. Qué querías; que después de lo ocurrido en casa de don Victorio, hallándose esa desdichada a merced de las iras del pueblo, que Rosario se complace en avivar, sóla e indefensa, sin tener un refugio, pues ni en la posada quisieron admitirla, ¿la dejase abandonada? ¿Iba yo a consentir un acto de salvajismo, estando como están los ánimos excitados contra

ella? No. Sea lo que sea, mi deber es amparar al débil y esta casa, que es la de Dios, se hallará siempre abierta para el que de ella quiera hacer un refugio.

DOM. Ya, ya. Como le dejen hablar a usted, hay que darle la razón.

MOSÉN Lo contrario que a ti, que cuanto más hablas más yerras.

DOM. Y si no te veo doble. Si tan mal se vió, ¿por qué no se marchó en seguida del pueblo?

MOSÉN ¿Cuándo y cómo, sin peligro para ella? ¿No viste lo que ocurrió cuando quisieron hacerlo?

DOM. Y después de todo, que no hubiera venido, Maldita la falta que hacía. (Se oyen unos aldabonazos en la puerta)

MOSÉN Silencio. Ve a ver quién llama. (Dominica va hacia la puerta, abriéndola y penetrando por ella don Rufino)

ESCENA II

DICHOS y DON RUFINO

D. RUF. Buenos días, por la mañana.

MOSÉN (Yendo a su encuentro.) ¡Hola! Buenos días nos dé Dios!

D. RUF. Mala cara tiene usted hoy.

DOM. Qué cara quiere usted que tenga. Toda la noche la ha pasado en ese sillón.

D. RUF. ¡Qué diablos! ¿Es posible?

DOM. Lo que le digo. Así está él, que no hay quien lo aguante.

MOSÉN A ti si que no hay quien te resista.

D. RUF. Lo que hay es que se vuelve usted vieja, Dominica, y eso es lo que al Mosén le sabe malo.

DOM. ¡Bah! Ya empieza usted con sus cosas. (Les acerca unas sillas, en las que se sientan.)

D. RUF. (A Mosén Juan, interrogando.) ¿Y...?

MOSÉN No la he visto aún. Desde anoche que se encerró en mi cuarto, no se la ha oído ni respirar.

DOM. Tan ricamente. Si hubiera dormido donde usted...

D. RUF. (Con intención.) O el cura donde ella... ¡Qué diablos!

MOSÉN Déjese usted de bromas, que no está el horno para bollos. Dominica, sube a ver si quiere algo esa .. señora.

DOM. ¿Yo? En eso estoy pensando.

MOSÉN ¡Dominica!

DOM. Que no, ea. Estaría bueno que aún le subiera el chocolate a la cama.

MOSÉN (Levantándose con tranquilidad.) ¡Todo sea por Dios! No te molestes; yo voy.

DOM. ¡Claro! Usted va a ir... Siéntese, siéntese; a fe que bien me pudre usted la sangre. Bien sabe Dios que... (Medio mutis.)

D. RUF. Vamos, Dominica. No disguste usted al Mosén, que el mejor día estira la pata y se queda usted sin él.

DOM. ¡Jesús! ¡Qué ocurrencias tiene usted!

D. RUF. Y lo peor es que usted enfermaría y habría que dejarla que se muriera.

DOM. ¿A mí? ¿Por qué?

D. RUF. (Con intención.) Pues... porque... no tendría usted cura.

DOM. (Con enfado.) Bueno; siempre ha de salir con una de las suyas. (Vase por la izquierda.)

MOSÉN Tienes razon. Déjese usted de sandeces, y a lo que estamos, que no es cosa de broma. ¿Ha pensado usted en lo que ayer hablamos?

D. RUF. ¡Hombre!. . Qué quiere usted que le diga. Lo he pensado y... qué se yo. Después que vino de Madrid desahuciado y que todos sabemos que su locura es incurable... no me atrevo a afirmar nada.

MOSÉN ¿Pero usted lo cree factible?

D. RUF. ¿Yo?... No sé... Claro que... Efectivamente; en algunos casos se ha demostrado que.. pero vamos; no se puede decir si... ¿comprende usted?

MOSÉN Si no se explica usted más claro, no comprendo nada.

D. RUF. Muy sencillo. En el estado psicológico de Ricardo (Tose para coger las frases.), ejem... ejem..., las alteraciones en el dinamismo del elemento celular han producido la... ejem... la... hiperemia cerebral con paquimeningitis y delirio erético.

MOSÉN ¡Chits!... Pare, pare, pare usted. Si sigue hablando así, lo entiendo menos que antes.

D. RUF. ¡Qué diablos! Yo creo que está bien claro.

MOSÉN ¡Ah! ¿Sí? Pues... *hic loquax et yactan homo quot próferet améntia...* (Don Rufino se queda mirándole, demostrando su estupor.)

D. RUF. Pero está usted hablando conmigo o celebrando misa.

MOSÉN Más obligación tiene usted de entenderme hablando en latín, que yo de comprender esos tecnicismos con que usted habla.

D. RUF. Pues mire usted. Lo único que puedo decirle es lo de aquella zarzuela. El perro está rabioso o no lo está. Igual puede recuperar la razón viendo a esa mujer, que puede hacer el mismo caso que si le viera a usted en calzoncillos.

MOSÉN (Con enfado.) Está visto que con usted no se puede hablar en serio.

(Sale Dominica llevando una bandeja con servicio, dirigiéndose hacia la escalera.)

DOM. ¡Si supiera usted con qué tripas le llevo a esa tunanta esto!

MOSÉN ¡Cómo ha de ser! Hazlo por Dios, que él te lo agradecerá.

DOM. Lo hago por usted, que si no... como no se lo sirviera ella. (Llaman a la puerta.) Que se espere el que sea.

MOSÉN Anda, anda. Yo abriré. (Va hacia la puerta y abre. Entra Morales. Dominica, que irá subiendo las escaleras, mira con curiosidad quién viene, haciendo mutis.)

ESCENA III

DICHOS y MORALES, después ARACELI

MOSÉN ¡Oh! Mi querido señor Morales.

MORALES (Avanza saludándolos.) Buenos días, señores. ¿Cómo va desde ayer?

MOSÉN Ya puede usted ver.

D. RUF. Aquí nos tiene usted echando una partida más difícil que las de costumbre.

MOSÉN ¿Viene usted de casa de don Victorio?

MORALES Sí, señor.

MOSÉN ¿Y qué?

MORALES Irreductibles. No acceden de ninguna manera.

MOSÉN ¡Pero hombre!

D. RUF. Se explica, ¡qué diablos!

MORALES Y quien más se opone es Rosario. Ella es la que sostiene la testarudez de su tío. Tiene hacia Araceli un odio terrible.

MOSÉN Ya lo dijo el poeta:

En el odiar y el querer,
nadie como la mujer.

MORALES Había momentos en que veía dudar a don Victorio, pero ella le hacía sostener una negativa que no se explica.

MOSÉN Yo, sí. Supongo lo que por el pensamiento de Rosario pasa.

D. RUF. Aún explicándose su actitud, que no comprendo, yo creo que se debía intentar.

MORALES Usted, amigo don Rufino, podía ayudarnos y conseguir mucho de ellos.

D. RUF. ¿Yo?

MORALES Sí. En su calidad de médico podía usted convencer a don Victorio, haciéndole ver la posibilidad del éxito.

D. RUF. Pero... cómo voy yo a asegurar una cosa que no sé. ¿Y si luego no resulta?

MOSÉN Tantas veces se equivoca usted, que una vez más...

(Dominica aparece, bajando la escalera refunfuñando.)

DOM. Sí, sí; mucho llorar. Como si con llorar se arreglaran las cosas.

MOSÉN ¿Qué es eso?

DOM. Qué ha de ser. Que ya le he dado a usted gusto y le he llevado el desayuno, pero como si no.

MOSÉN ¿Pues?

DOM. Dice que no quiere probar nada. Que quiere hablar con usted..., a todo esto no deja de llorar. Ya ve usted lo que son esas mujeres. En cuanto no se arreglan, no valen ni un pimiento. Ayer tan guapa y hoy... parece una escupida.

MOSÉN (Reconviniéndola.) ¡Dominica!

DOM. No; y después de todo casi me ha dado lástima. Ha debido llorar mucho, porque tiene una cara... y unos ojos... ¡Ah! Y no se ha desnudado.

MOSÉN ¡Desdichada!

MORALES ¡Pobre Araceli!

D. RUF. (Levantándose.) Si les parece a ustedes voy a verla...

MOSÉN No; no hace falta.

D. Ruf. En calidad de médico.

Mosén Ni en calidad de médico. Más bien necesita los consuelos de la Religión, que los auxilios de la Ciencia.

Dom. Yo creo que no estaría de más que la viera usted. ¡No está bien! Y a mí no me ha parecido tan mala como dicen. ¡Si viera usted con qué finura me ha tratado! ¡Y con qué humildad me decía que quería ver al señor cura!...

D. Ruf. (A Mosén Juan) ¡Nada! ¡Que está por usted!

Mosén Déjese de tonterías, y váyanse a casa de don Victorio a ver si le convencen. Yo voy a ver a esa desventurada.

Morales Que esté dispuesta a marchar, porque el alcalde ha venido a decirme que la da unas horas de plazo para que salga del pueblo, pues no quiere que por su causa haya cualquier incidente desagradable.

Mosén Pero, ¡y cómo ha de marchar si ayer ya hubo sus conatos de!...

Morales Ha dicho que él mismo vendrá a buscarla aquí en el automóvil y la acompañará hasta dejarla en lugar seguro.

D. Ruf. Pues no perdamos tiempo. (Disponiéndose a marchar.) Vamos a ver a don Victorio.

Mosén Sí, vayan, y que Dios les acompañe y ayude.

Morales Sea cual sea el resultado, diga usted a Araceli que hemos de marchar dentro de pocas horas. (Vanse.)

Mosén Así lo haré. (A Dominica que se dirige hacia la escalera.) ¿Dónde vas?

Dom. ¿Dónde quiere usted que vaya? A ver si se anima esa señora a tomar algo.

Mosén ¡Hola! Parece que te vas compadeciendo de ella.

Dom. Tanto como compadecer... pero es que tenía un aire de angustia y pena... que... francamente... me da lástima.

Mosén Porque tú tienes buen corazón; lo único que tienes malo es la lengua.

Dom. ¡La lengua, la lengua! ¡Y usted... no quiero disparatar! (Se dispone a subir.)

Mosén ¡Anda, anda, castigo!

(Araceli aparece en la parte superior. En su rostro se ven las huellas de una noche de insomnio y sufrimiento, reflejándose en él, el estado de su alma.)

Dom. Más castigo tengo yo con usted, que no me

deja ni respirar. Gracias que... no le hago caso. (Al hacer mutis ve a Araceli.) ¡Ah! ¿Estaba usted ahí? ¿Quiere usted algo?

ARACELI — ¡No, nada! ¡Muchas gracias!... (A Mosén Juan.) Quiero hablar con usted, señor.

MOSÉN — En este momento me disponía a subir.

DOM. — Venga usted aquí. Entre el señor cura y yo la animaremos a tomar el chocolate.

ARACELI — (Con aire desfallecido desciende las escaleras avanzando hasta ellos.) No se moleste; no tengo ganas... no deseo más que un vaso de agua. Me muero de sed.

MOSÉN — (A Dominica.) ¿No le pusiste agua anoche?

DOM. — Claro que sí.

MOSÉN — Anda, trae agua fresca.

DOM. — ¡Eso es! En ayunas un vaso de agua. Será para desengrasar la cena de anoche.

MOSÉN — ¿Pero no oyes que?...

DOM. — Cállese, cállese usted. (Ayudando a Araceli a sentarse en el sillón.) Vamos, no sea usted terca y hágame caso a mí... pero... ¡Jesús! (Tocándole las manos y la frente.) ¡Está ardiendo! ¡Cuando yo decía que debiera haberla visto don Rufino!...

ARACELI — No, no es nada... ¡Agua, deme usted agua!

MOSÉN — (Acercándose solícito a ella, pulsándola con aire paternal.) ¿Se encuentra usted mal? ¡Oh! Sí, sí. Está febril, sudorosa.

DOM. — ¡Ya le sentará bien el agua fría! ¿No sería mejor que...

MOSÉN — No hables tanto y trae lo que te han pedido.

DOM. — Ya voy, hombre, ya voy. (Vase corriendo.)

MOSÉN — ¿Por qué no ha llamado usted si se encontraba mal?

ARACELI — ¡Oh! Gracias, señor. Esto pasará pronto. Una pequeña lesión padecida de antiguo en mi corazón y recrudecida hace unos días... No se preocupe usted. ¡Ojalá cesara de latir ahora mismo!

MOSÉN — (Con dulce reconvención.) Ofende usted a Dios con esas palabras. Nadie más que Él dispone de nuestras vidas.

ARACELI — ¡Oh! Perdone usted, señor, pero .. ¡sufro tanto!

MOSÉN — Más sufrió el Señor y...

DOM. — (Saliendo con una bandeja, en la que lleva el servicio que indica, y coloca sobre la mesa.) Ea, aquí está

el agua.) (Sujetando el brazo de Araceli, que se habrá apoderado del vaso de agua, llevándolo con ansiedad a sus labios.) Espere usted, criatura. ¿Va usted a beberla sola? Mejor es que le ponga usted un azucarillo... así.

ARACELI No, déjeme usted.

DOM. Cállese usted.

MOSÉN ¡Pero Dominica!...

DOM. Y usted también. Aún me van a enseñar a mí lo que he de hacer... ajajá. Ahora un poco de jarabe... y si no, mejor será unas gotas de anís... verá usted.

ARACELI (Sin poderse contener le arrebata el vaso y bebe con ansiedad.) No, no; agua solo.

DOM. ¡Alabado sea Dios y qué testaruda! No se la beba usted de una vez... mire que está muy fría y puede hacerle daño... ¡Como si no!

ARACELI ¡Oh! Gracias, gracias. Dios se lo pague.

DOM. ¡Qué gracias ni qué ocho cuartos! En cuanto pase un rato, lo que ha de hacer usted es tomar algo, aunque no sea más que una taza de caldo...

ARACELI No...

MOSÉN Bueno; luego ya veremos lo que toma. Ahora déjanos.

DOM. Ya me voy. ¡Qué tormento, no poder hablar ni una palabra! (Vase refunfuñando.)

ESCENA IV

ARACELI y MOSÉN JUAN

MOSÉN ¿Se tranquiliza usted?

ARACELI Sí, señor, gracias; muchas gracias. Es usted muy bueno conmigo. ¡Oh! No podré nunca pagar a usted lo que ha hecho con esta desgraciada.

MOSÉN Se equivoca usted, señora. (Se sienta a su lado.) Puede usted pagarme y devolverme el favor con creces.

ARACELI (Con extrañeza.) ¿Yo? ¡Cómo!

MOSÉN En primer lugar, volviendo los ojos a Dios. A ese Dios misericordioso que tiende amoroso sus brazos a todo pecador que arrepentido busca en ellos un consuelo. Después,

desistiendo de su loca empresa y abandonando este pueblo, en el que no debió poner los pies.

ARACELI ¡Eh! ¿Marchar de aquí?

MOSÉN Sí, es preciso. El Alcalde, enterado como todos del peligro que usted corre permaneciendo en este lugar, vendrá a buscarla dentro de poco para obligarla a marchar, acompañándola hasta las afueras del pueblo.

ARACELI ¡Oh! No, no. Yo no puedo marchar sin lograr mi propósito. Quiero verle, quiero hablarle. Si no se consigue nada, al menos tendré la tranquilidad de haberlo intentado. (Levantándose con mucha energía.) Le juro a usted que si me obligan a salir de aquí sin hacer lo que he dicho, no tardará usted mucho a tener noticias de mi muerte.

MOSÉN (Asustado.) ¡Silencio, desdichada! ¿Sabe usted lo que dice? (Obligándola a sentarse.)

ARACELI Sí, señor. La enfermedad que mina mi existencia no tardará a dar fin a su obra. Días más, días menos, no importa. Por ello comprenderá usted que viendo mi fin cercano, he de procurar que éste llegue con la tranquilidad del que ha cumplido su deber; además, que... no sé por qué; pero tengo el presentimiento de que Ricardo recuperará la razón al verme.

MOSÉN ¡Oh! No se haga usted ilusiones.

ARACELI Sí, señor. Lo que la ciencia no ha conseguido quizá lo consiga el amor.

MOSÉN ¡Desventurada!

ARACELI Era tan grande la pasión de Ricardo; tan grande era su amor, que si al perderme perdió la razón, al encontrarme, quizá brotara en su cerebro la luz que lo iluminó. No lo dude usted. Conmigo volvería su razón, su alma, su vida, pues que todo, todo eso era yo para él.

MOSÉN ¡¡Aún lo dice usted!!

ARACELI ¿Por qué no, si es cierto?

MOSÉN Porque no debía usted recordar la iniquidad que cometió con aquel desventurado.

ARACELI ¡Oh! No, eso no. Yo no puedo reprocharme más que de haberle amado mucho.

MOSÉN (Con profundo estupor.) ¡¡Usted!!

ARACELI Sí, yo. Yo, que le amé como no he amado nunca. Con toda mi alma. Le amé más que-

a mi vida; le abandoné... por eso. Por amarle demasiado.

MOSÉN (Mirándola con estupor.) No la comprendo.

ARACELI Es difícil. Voy a decirle a usted la verdad, toda la verdad. Yo no supe lo que era amar hasta que conocí a Ricardo. Mi corazón, mi alma entera eran suyos. Por él me alejé de todos; rescindí contratos, abandoné las tablas.., Quería vivir para él, para él sólo. En nuestro nido de amor sólo él escuchaba mis canciones; aquellas canciones tan bellas que él para mí compuso y que tantos triunfos he conseguido después con ellas... ¡Dios mío! (Sin poder dominar la emoción que en el transcurso de su narración se habrá apoderado de ella, yendo en aumento hasta el final, oculta la cara entre el pañuelo que lleva en las manos, procurando ahogar sus sollozos.)

MOSÉN (También emocionado intenta calmarla.) ¡Vamos, cálmese usted; no se fatigue...

ARACELI No, no. Quiero que lo sepa usted todo. Quiero que vea cuán digna soy de lástima. (Breve pausa, en la que procura serenarse.) Como ya sabe usted, sus padres se enteraron de sus relaciones conmigo e intentaron inútilmente separarlo de mí. Por los excesos de nuestro cariño, la naturaleza débil y enfermiza de Ricardo, se resintió. Yo era su primer amor y a él se entregó con la vehemencia de su fogoso temperamento de artista. En mis brazos le veía consumir lentamente su existencia, devorado por la sed de insaciables deseos. Yo lo comprendía, pero no podía evitarlo: le amaba con locura y como él, sentía abrasarse mi vida en loca fiebre de amor, gozosa de hallar la muerte en sus brazos. (Con suma tristeza.) Al fin, Ricardo, cayó en cama, y por consejo de los médicos vino al lado de sus padres para reponer su quebrantada salud.

MOSÉN Y lo hubiera conseguido a no haber llegado a sus manos un periódico con la noticia del viaje de usted.

ARACELI No tuve yo la culpa. Al separarse de mi lado; cuando me ví lejos de él, comprendí el daño que inconscientemente le hacía. Mi cariño le hubiera sido fatal. Sus amigos y los míos así me lo hacían ver, pero ni él ni

yo podíamos evitarlo estando unidos. ¡Cuánto sufrí entonces! ¡Qué doloroso era para mí renunciar a tanta felicidad! Pero no había más remedio. Yo no tenía derecho a truncar una existencia en la que tantos laures le esperaban. Yo no debía atraer hacia mí tantos odios, más o menos justificados. Además, me enteré que en este pueblo había una muchacha a quien estaba prometido, y cuyo amor le había yo robado. Tomé mi resolución. Debía sacrificarme por su vida, por su felicidad, y así lo hice. Aprovechando su enfermedad y ausencia, anuncié de nuevo mi debut, volviendo a ser la artista mimada por el público. Busqué un contrato para el extranjero, y con el corazón destrozado me alejé para siempre de aquel que tanto amaba. Creí que el tiempo y la distancia borraría todo. Ahora... ya sabe usted la verdad, toda la verdad, como se le dice al confesor antes de morir. (Cayendo de rodillas ante él.) Si he sido tan mala, tan culpable como me han creído, usted juzgará. Si merezco el perdón, perdóneme usted y haga que me perdonen aquellos que involuntariamente hice tanto daño.

MOSÉN (Emocionado por la actitud y revelación de Araceli se pone de pie, abrazándola con gran ternura.) ¡Hija mía! Vamos a pasar a la iglesia. Allí hará usted confesión de todas sus culpas. Y si contrita y arrepentida vuelve sus ojos al cielo, yo imploraré para usted la bendición del Señor, siempre justo y misericordioso. (Llaman en la puerta, saliendo inmediatamente Dominica, que se dirige a ella.)

ESCENA V

DICHOS, DOMINICA y ROSARIO

DOM. Me parece que han llamado.

MOSÉN (Con severidad.) Efectivamente. Y... también me parece que lo has oído antes que otras veces.

DOM. ¿Qué tiene de particular?

MOSÉN El que no estarías tú muy lejos de la puerta escuchando lo que no te interesaba.

DOM. ¿Quién, yo? ¡Alabado sea Dios y qué mal pensado es usted! (*Abre la puerta, lanzando una exclamación de sorpresa al ver a Rosario.*) ¡Ah! ¿Eres tú?

MOSÉN (*Idem.*) ¡Rosario!

ARACELI (*Idem.*) ¡¡Ella!!

ROSARIO (*Avanza, demostrando su contrariedad al ver a Araceli, conteniendo su agitación por lo deprisa que se supone ha venido.*) Sí; yo, señor cura, que vengo a hablar con usted dos palabras.

MOSÉN Seas bien venida, pero... estás nerviosa... excitada... siéntate.

ROSARIO No puedo. Es necesario que hable con usted inmediatamente.

MOSÉN ¿Ocurre alguna novedad?

ROSARIO (*Confusa.*) Ninguna... es decir, no sé si...

MOSÉN (*Sonriendo bondadosamente.*) Habla; te escucho.

ROSARIO (*Sorprendida.*) ¿Eh? ¿Delante de esa... mujer? (*Recalcando la frase con encono.*)

MOSÉN Sí, delante de esta... desgraciada. (*Recalcando la frase en tono de reconvención a Rosario.*)

ARACELI ¡Oh! No; permita usted que me retire.

MOSÉN De ninguna manera. (*Sonriendo.*) Sé a lo que viene y lo que va a decirme, y por lo tanto creo que no solamente no estorba su presencia, sino que es necesaria.

ARACELI Comprenda usted mi situación...

ROSARIO ¿Cómo puede saber lo que voy a decirle?

MOSÉN Hija mía, ya lo dijo el poeta:

Para un viejo, una niña, siempre tiene
el pecho de cristal...

Sé a lo que vienes, y para evitarte el rubor de la confesión, voy a decirlo yo. Siéntate. (*A Araceli.*) Siéntese usted. (*Pequeña pausa.*) El señor Morales y don Rufino han logrado lo que se proponían, convenciendo a tu tío. Y tú quieres confiarme la duda que desde ayer atormenta tu corazón y que yo adiviné. A pesar de su estado, sigues queriendo a Ricardo, y ahora temes el que si volviera a Ricardo su razón, vuelva con ella su amor hacia la que fué objeto de todo su cariño. ¿No es así, Rosario? (*Rosario, turbada, no contesta. Araceli permanece en actitud de ensimismamiento.*) ¿No es eso lo que desde ayer turba tu espíritu? Sí, hija mía, sí, eso es; pero yo te aseguro que si Dios hace ese milagro de-

volviendo la salud a Ricardo, esta señora desaparecerá de su lado para siempre.

ROSARIO (Amenazadora, muy rápido.) ¡Oh! De eso me encargo yo; pero...

MOSÉN (A Araceli.) Complete usted su abnegación. Repita a Rosario lo que a mí me ha dicho. Devuelva a su alma la tranquilidad, e implore su perdón. ¡Hágalo, por Dios!...

DOM. (Que en segundo término habrá estado escuchando, sin poder contener su impaciencia.) ¡Qué va hacer; qué va hacer esta pobre! ¡Buena está para hacer nada!

MOSÉN (Sorprendido y con enfado.) ¡Eh! ¿Qué hacías ahí? ¿Por qué te metes en esto?

DOM. Por lo mismo que usted. Los dos vamos al entierro con la misma vela.

MOSÉN (Amenazador.) ¡Dominica!...

DOM. ¡Qué Dominica, ni qué ocho cuartos! (Acudiendo solícita a Araceli, que demuestra su sufrimiento oprimiéndose el pecho con ambas manos.) Más le valía a usted atender a la señora y no tanto sermonear. (A Araceli.) ¿Se pone usted peor? ¡Jesús, cómo está!... ¡Antes ardiendo, ahora fría!...

(Mosén Juan se levanta, acudiendo con ternura. Rosario también se levanta, pero impasible; mirando con supremo odio a Araceli, se dirige hacia la puerta.)

MOSÉN ¿Sufre usted?

ARACELI ¡Mucho! ¡Aquí, aquí! (En el corazón.) ¡Me oprime... me ahoga!...

ROSARIO ¡Dios es justo!

MOSÉN (Volviéndose a ella, muy solemne.) Pero no vengativo. En su corazón misericordioso no cabe el odio y rencor que en el tuyo.

ARACELI ¡Agua... deme agua!...

DOM. ¿Más agua? No, señora. Lo que usted tiene es debilidad. Ahora mismo voy a hacerle a usted un par de huevos batidos con un vaso de Jerez. (A Mosén Juan.) Saque usted una botella de esas que guarda bajo siete llaves...

ARACELI ¡No... gracias!

DOM. Las gracias después de comer. Verá usted qué vino; resucita a un muerto. En fin, cuando lo tiene guardado el señor cura... cómo será.

MOSÉN Pero... ¡Dominica!

DOM. ¡Dominica, Dominica! Usted cree que todo se arregla con sermones. Pues, no, señor.

Más hace un vaso de vino que un responso; y... déjeme usted en paz, que yo ya sé lo que he de hacer. (Vase corriendo por la izquierda.)

MOSÉN (A Araceli.) Quizá tenga razón. Está usted sin tomar nada desde ayer...

ROSARIO Con su permiso, mosén Juan.

MOSÉN ¿Te vas?

ROSARIO Sí, señor. Quizá haga falta en casa.

MOSÉN Espera un momento. No quiero que salgas de aquí sin que os hayáis perdonado mutuamente.

ROSARIO (Retrocediendo bruscamente llena de asombro.) ¡Eh! ¡Quién! ¡¡Yo!!

MOSÉN ¡Tú, sí, tú! También tienen que perdonarte el daño que has querido hacerla. ¿No te duele ver el sufrimiento de esta arrepentida?...

ROSARIO (Sin poder contener el odio que en ella rebosa.) ¡No, nunca! ¡Me hizo mucho daño! ¡Me arrebató todo cuanto yo quería, y si a costa de mi vida pudiera vengarme, lo haría!

MOSÉN ¡Silencio, desventurada!

(Rosario, que habrá llegado a la puerta e irá a salir da un grito de sorpresa.)

ROSARIO ¡Ah! ¡Ahí están!

MOSÉN Quién.

ROSARIO Todos, y traen a Ricardo.

ARACELI (Levántase rápidamente; ahogando un grito de alegría, quiere abalanzarse hacia la puerta.) ¡Oh! ¡Él! ¡Mi Ricardo!

ROSARIO (Volviéndose con fiereza hacia Araceli.) ¡Eh! ¿Su Ricardo?...

ARACELI (Conteniéndose.) ¡No, no! ¡Perdón!

MOSÉN ¡Silencio! ¡Deponer vuestra actitud!

ROSARIO (Mirando hacia fuera.) Se acercan.

MOSÉN (Cogiendo de la mano a Araceli.) Venga usted, señora. No conviene que esté usted aquí todavía. Veremos antes lo que dice don Rufino.

ARACELI (Con gran abatimiento.) Como usted quiera; pero... terminemos cuanto antes... ¡No puedo más! ¡¡No puedo más!!

MOSÉN (A Rosario.) No digas nada. (A Araceli.) Vamos.

(Araceli, sin fuerzas, asiente con la cabeza, dejándose conducir por Mosén Juan, volviendo la cabeza hacia la puerta, demostrando su ansiedad e impaciencia por ver a Ricardo. Hacen mutis por la puertecilla del frente.)

ESCENA FINAL

ROSARIO, DOMINICA, RICARDO, DON RUFINO, DON VICTORIO; a poco MOSÉN JUAN; después MORALES; luego ARACELI

DOM. (Saliendo precipitadamente con lo que antes fué a buscar, que deja sobre la mesa.) ¿Pero qué es eso? ¿Traen a Ricardo?

ROSARIO Sí, señora. Al fin consiguen lo que no debieran intentar.

DOM. Hija, quién sabe si habrá sido un bien el que haya venido esta señora.

ROSARIO No sé por qué me temo que resultarán fallidas sus esperanzas.

DOM. No lo quiera Dios.

ROSARIO O... sí lo quiera.

DOM. ¿Qué dices?

ROSARIO Que antes que volverlo a ver en los brazos de esa mujer, prefiero verlo como está.

DOM. ¡Jesús!

(Aparecen y entran don Rufino, don Victorio y Ricardo. Todos vienen queriendo dominar la preocupación y estado nervioso en que se encuentran. Sólo Ricardo continúa con su cara inexpresiva, vaga mirada e indefinible sonrisa Rosario conteniendo las lágrimas.)

D. RUF. (A Ricardo.) Antes tenemos que descansar aquí un momento.

RICAR. (Resistiéndose a avanzar.) ¡No, no! ¡Ya descansaremos!... ¡Ahora vamos a esperarla!... ¡No quiero que extrañe mi ausencia!... (Viendo a Rosario, corre a ella.) ¡Ah! ¡Por fin va a venir... va a venir!...

MOSÉN (En la puerta del frente, avanzando hacia Ricardo.) ¡Hola, hola! ¿Qué trae por aquí Ricardito?

RICAR. (Corre hacia Mosén Juan, cogiéndole de la mano e intentando llevarlo consigo.) ¡Ah! Oye, oye; ven. Ven conmigo. Quiero que tú seas de los primeros en verla y rendirle homenaje. Ven, venir todos.

MOSÉN Pero, ¿dónde quieres que vayamos?

RICAR. (Con inocente alegría.) ¡Dónde ha de ser! Mi Princesa que viene. (Mosén Juan mira a todos como interrogando.) ¿No lo sabías tú? Se lo he preguntado a estos amigos y la han visto acercarse... Ven, ven pronto.

D. VICT. (Conteniendo su pena.) Oye, hijo mío; quizá sea temprano; no te parece que...

RICAR. (Contrariado.) No, no. No es temprano; debe estar ya muy cerca, pues los pájaros han comenzado sus armoniosos trinos y el aire se ha perfumado con las fragancias de su cuerpo.

ROSARIO Oye, Ricardo; espera un poco. Yo iré contigo. ¿No te parece que será mejor que yo vaya que no estos hombres?

RICAR. (Yendo hacia ella) Sí, sí. Tu eres muy buena para mí. Estos, no; son malos y odian a la Princesa...

TODOS No; Ricardo, no.

RICAR. (Enfureciéndose gradualmente.) Sí, sí. Vosotros la odiáis y queréis arrebatármela de nuevo; pero yo la defenderé. (A Rosario.) ¿Verdad que la defenderemos? Ven, ven... (La lleva consigo hacia la puerta. Rosario mira a todos como preguntando qué debe hacer. Se quedan los dos hablando en voz baja.)

D. VICT. (En voz baja a Mosén Juan.) Hoy está imposible.

D. RUF. Está excitadísimo.

RICAR. (A Rosario.) Pues si tú no vienes es porque también la odias y te unes a esos contra ella.

ROSARIO Pero Ricardo.

RICAR. Mas yo lucharé contra ti, contra esos y contra todo el mundo. Soy fuerte y tengo su amor, que es el talismán de los héroes... (Quiere marchar.)

ROSARIO Escucha. (Deteniéndole.)

RICAR. (Forcejeando con ella.) No quiero veros ni oiros. Voy yo solo a esperarla... Déjame o...

D. VICT. Ricardo.

D. RUF. Terminemos de una vez.

MOSÉN Sea lo que Dios quiera.

D. RUF. Amigo mío. Recuerda que he sido el que te avisó su llegada.

RICAR. Sí, es verdad; tú me quieres. Ven, ven.

MOSÉN No te molestes, Ricardo. Tu Princesa ha llegado ya.

RICAR. (Con la vista fija en Mosén Juan, pero sin comprender.) Sí, sí. Ha llegado... me está esperando.

MOSÉN Y pide tu venia para arrojarse en tus brazos.

RICAR. (Sigue en su impasibilidad.) Sí, sí... va a venir. (Oyese a lo lejos la bocina de un automóvil que se acerca veloz, aumentando su sonido, figurando pararse en la puerta. Al oirlo Ricardo, da un grito de terror,

corriendo despavorido a refugiarse detrás de Mosén Juan, demostrando el pánico de que está poseído.) ¡Ah! ¡El monstruo! ¡¡El monstruo!! Se la lleva... viene por ella... me da miedo...

MOSÉN No, Ricardo; no se la lleva. Al contrario; la trae.

RICAR. (Cada vez más aterrado.) No, no... que se vaya... me da miedo.

(En la puerta aparece Morales, quedándose en actitud espectante. Esta escena, de gran intensidad dramática, es de difícil acotación por los diversos sentimientos que dominan a los distintos personajes que en ella juegan. Por lo tanto, el autor ha puesto las acotaciones indispensables, confiando en el talento de la Dirección y Actores.)

MOSÉN No, no tengas miedo. Ven, Ricardo, ven. Vamos en busca de tu Princesita rubia.

(Se dirige hacia la puerta del foro llevando a Ricardo que temeroso e inconsciente le sigue cogido a su mano. Los demás personajes silenciosos y sobrecogidos en la actitud que la situación exige.)

D. VICT. ¡Dios mío! ¡Ten piedad!

ROSARIO ¡Virgen santa! ¡¡Un milagro!!

(En la puerta aparece Araceli trémula, llorosa, anhelante. Al verla Ricardo se queda repentinamente parado, mirándola fijamente. Mosén Juan se retira al grupo formado por los personajes que se hallan a la izquierda.)

ARACELI (Avanzando hacia Ricardo, hermosa, apasionada, sublime.) ¡Ricardo! ¡¡Ricardo mío!!

(Ricardo demostrará la terrible crisis que su cerebro está atravesando. Retrocede pausadamente seguido por Araceli, hasta hallarse los dos en el centro de la escena. Con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en ella, lanza gritos entrecortados y exclamaciones ahogadas, golpeándose furioso las sienes como si quisiera romper en ellas algo que se opone a que sus recuerdos vuelvan.)

RICAR. ¡Ella!... ¡¡Ella!!

ARACELI (Con amoroso acento.) Soy yo, Ricardo. Araceli... tu Princesa rubia...

(Por fin, como si de nuevo volviera a su mente la luz que le iluminó, extendiendo los brazos hacia ella.)

RICAR. Sí, sí. ¡¡Es ella... es ella que vuelve!!

ARACELI (Arrojándose en sus brazos.) ¡¡Ricardo!!

ROSARIO (Quiere lanzarse sobre ellos para separarlos.) No, no; eso no.

MOSÉN (Deteniéndola.) Quieta.

D. RUF. Dejarlo estar.

(Mientras todos los miran conteniendo su emoción, Araceli y Ricardo se hallan unidos en un abrazo brutal, terrible, trágico. Los brazos de Ricardo se han enlazado con fuerza sobrehumana al busto de Araceli, que en vano trata de desasirse lanzando un grito ahogado. Al adivinar lo que sucede, todos se precipitan sobre ellos lanzando gritos y frases apropiadas tratando de separarlos. Por fin, y tras inauditos esfuerzos, lo consiguen, quedándose en el centro sujetando a Ricardo, su padre y Rosario. Mosén Juan coge en sus brazos a Araceli desmayada; con un átomo de vida que se escapa, trayéndola hasta el sillón donde se desploma. Don Rufino, a su lado, la auxilia. Morales hace lo propio. Los demás personajes a voluntad.)

MORALES ¡Eh! Qué es eso.

D. RUF. La ahoga...

RICAR. (Al separarse de Araceli, mira con asombro a todos.) Por qué os la lleváis, dejármela. Es mía... mía.

D. VICT. ¡Hijo mío!

ROSARIO ¡Ricardo!

D. RUF. (En voz baja.) La ha matado.

MOSÉN (Idem.) ¡Muerta!

ARACELI (Con un supremo esfuerzo y frase entrecortada por el estertor.) ¡Gracias... Dios mío! Muero en sus... brazos... por su amor... Adiós... Ricardo... ¡Ahora sí... que no volverá más tu... Princesita rubia! (Se desploma.)

MORALES ¡Araceli!

D. RUF. (Apenas perceptible.) Ha muerto. (Todos se descubren.)

RICAR. (Inconsciente, en voz baja.) ¡Se ha dormido!... ¡¡Se ha dormido!!...

ROSARIO (Con odio infinito.) ¡Maldita mujer!

MOSÉN (Vuélvese severo hacia ella con terrible gesto de reconvención.) Maldita no. Fué mala por querer ser buena. Es buena porque ha muerto mártir. (Con solemne acento.) Por haber amado mucho perdonó Cristo a la Magdalena. (Echando la bendición sobre Araceli; a media voz.) Yo te bendigo en el nombre del Padre...

(Todos subyugados por la actitud y frase de Mosén Juan, caen de rodillas, a excepción de Ricardo que mira inconsciente. La estancia está en silencio. Sólo se escuchan los sollozos ahogados de Dominica que en silencio llora... Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La cueva, sainete en un acto.

Fruto de la tierra, cuadro de costumbres aragonesas, en un acto.

Ley de honor, drama en tres actos.

La desconocida, juguete cómico en dos actos.

El suceso de anoche, sainete en un acto, música de los maestros Vela y Bru.

Lo dice la copla, comedia dramática en tres actos.

La princesita rubia, poema trágico en tres actos.

Precio: 3,50 pesetas.